Menéndez y Pelayo, Marcelino

Discursos leidos ante la Real academia española en la pública recepción del doctor Don Marcelino Menéndez Pelayo el dia 6 de marzo de 1331.

Al Exmo Señor

D.n Alejandro Llorente,

de su amigo admo

Juan Valera

DISCURSOS

LEIDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA PÚBLICA RECEPCIÓN

DEL DOCTOR

DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

EL DIA 6 DE MARZO DE 1881

MADRID
IMPRENTA DE F. MAROTO É HIJOS
CALLE DE PELAYO, NÚM. 34
1881

DISCURSO

DEL DOCTOR

DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

ADVERTENCIA

Corríjanse, antes de comenzar la lectura de este discurso, las siguientes erratas, que en él se han deslizado, por descuido mio, al corregir las pruebas:

Página 33, linea última: dice *grambo*, léase *grembo*.

Página 42, linea 18: dice *musa*, léase *mesa*.

Página 62, linea primera: dice *género*, léase *genio*.

SEÑORES:

Si fué siempre favor altísimo y honra codiciada la de sentarse al lado vuestro; si todos los que aquí vinieron tras larga vida de gloria para sí propios y para las letras, encontraron pequeños sus méritos en parangón con el lauro que los galardonaba, y agotaron en tal ocasión las frases de obsequio y agradecimiento, ¿qué he de decir yo, que vengo á aprender donde éllos vinieron á enseñar, y que en los umbrales de la juventud, cubierto todavía con el polvo de las aulas, no traigo en mi abono, como trajeron éllos, ni ruidosos triunfos de la tribuna ó del teatro, ni largos trabajos filológicos de los que apuran y acendran el tesoro de la lengua patria? Pero no temais, señores, que ni un momento me olvide de quién sois vosotros y quién soy yo; y si de mis discípulos nunca me tuve por maestro, sino por compañero, ¿qué he de juzgarme en esta Academia, sino malo y desaprovechado estudiante?

Y aumenta mi confusión el recuerdo del varón ilustre que la suerte, y vuestros votos, me han dado por predece-

sor. Poco le conocí y traté (y eso que era consuelo y refugio de todo principiante); pero, ¿cómo olvidarlo cuando una vez se le veía? Enamoraba aquella mansedumbre de su ánimo, aquella ingénita modestia, y aquella sencillez y candor como de niño, que servían de noble y discreto velo á las perfecciones de su ingenio. Nadie tan amigo de ocultar su gloria y de ocultarse. Difícil era que ojos poco atentos descubriesen en él al gran poeta.

Y eso era antes que todo y sobre todo, aunque el vulgo literario dió en tenerle por erudito, bibliotecario é investigador, más bien que por vate inspirado. Otros gustos, otra manera de ver y de respetar los textos, una escuela crítica más perfecta y cuidadosa, han de mejorar (no hay duda en éllo) sus ediciones, hoy tan estimables, de Lope, Tirso, Alarcón y Calderón: libre será cada cual de admitir ó rechazar sus ingeniosas enmiendas al *Quijote;* pero sobre los aciertos ó los caprichos del editor se alzará siempre, radiante é indiscutida, la gloria del poeta. Gloria que no está ligada á una escuela ni á un período literario, porque Hartzenbusch sólo en los accesorios es dramático de escuela, y en la esencia dramático de pasión y de sentimiento. Por eso queda en pié, entre las ruinas del Romanticismo, la enamorada pareja aragonesa, gloriosa hermana de la de Verona, y resuena en nuestros oidos, tan poderoso y vibrante como lo sintieron en su alma los espectadores de 1836, aquel grito, entre sacrílego y sublime, del amador de Isabel de Segura:

En presencia de Dios formado ha sido.
—Con mi presencia queda destruido.

Y al lado de *Los Amantes de Teruel* vivirán, aunque con menos lozana juventud y vida, *Doña Mencía, Alfonso el Casto, Un si y un no, Vida por honra* y *La ley de raza*. Podrá negarse á sus dramas históricos, como á casi todos los que en España hemos visto, color local y penetración del espíritu de los tiempos, ni era ésta la intención del autor; pero, ¿cómo negarles lo que da fuerza y eternidad á una obra dramática, lo que enamora á los doctos y enciende el alma de las muchedumbres congregadas: la expresión verdadera y profunda de los afectos humanos?

La vena dramática era en Hartzenbusch tan poderosa que llegaba á ser exclusiva. Su personalidad, tímida y modesta, se esfuma y desvanece entre las arrogantes figuras de sus personajes. Por eso no brilló en la poesía lírica sino cuando dió voz y forma castellanas al pensamiento de Schiller en el maravilloso *Canto de la Campana*, el más religioso, el más humano y el más lírico de todos los cantos alemanes.

Reservado queda á los futuros biógrafos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch hacer minucioso recuento de todas las joyas de su tesoro literario, sin olvidar, ni sus delicadísimas narraciones cortas, entre todas las cuales brilla el peregrino y fantástico cuento de *La hermosura por castigo*, superior á los mejores de Andersen; ni sus apólogos, más profundos de intención y más poéticos de estilo que los de ningún otro fabulista nuestro; ni los numerosos materiales que en prólogos y disertaciones dejó acopiados para la historia de nuestro teatro. Yo nada más diré: hay nombres que abruman al sucesor, y esto, que en boca de otros pudo parecer retórica modestia, es en mí sencilla muestra

de admiración ante una vida tan gloriosa y tan llena, y á la vez tan mansa y apacible, verdadera vida de hombre de letras y de varón prudente, hijo de sus obras y señor de sí, exento de ambición y de torpe envidia, ni ávido ni despreciador del popular aplauso.

¿Cómo responder, señores, ni aun de lejos, á lo que exigen de mí tan gran recuerdo y ocasión tan solemne? Por eso busqué asunto que con su excelencia, y con ser simpático á toda alma cristiana y española, encubriese los bajos quilates de mi estilo y doctrina, y me fijé en aquel género de poesía castellana por el cual nuestra lengua mereció ser llamada lengua de ángeles. Permitidme, pues, que por breve rato os hable de la *poesía mística en España*, de sus caracteres y vicisitudes, y de sus principales autores.

Poesía *mística* he dicho, para distinguirla de los varios géneros de poesía sagrada, devota, ascética y moral, con que en el uso vulgar se la confunde, pero que en este santuario del habla castellana justo es deslindar cuidadosamente. Poesía mística no es sinónimo de poesía cristiana: abarca más y abarca menos. Poeta místico es Ben-Gabirol, y con todo eso, no es poeta cristiano. Rey de los poetas cristianos es Prudencio, y no hay en él sombra de misticismo. Porque para llegar á la inspiración mística no basta ser cristiano ni devoto, ni gran teólogo ni santo, sino que se requiere un estado psicológico especial, una efervescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas, y una metafísica ó filosofía primera, que va por camino diverso, aunque no contrario, al de la teología dogmática. El místico, si es ortodoxo, acepta esta teología, la da como supuesto y base

de todas sus especulaciones, pero llega más adelante: aspira á *la posesión de Dios por unión de amor*, y procede como si Dios y el alma estuviesen solos en el mundo. Éste es el *misticismo* como estado del alma, y su virtud es tan poderosa y fecunda, que de él nacen una teología mística y una ontología mística, en que el espíritu, iluminado por la llama del amor, columbra perfecciones y atributos del Sér, á que el seco razonamiento no llega; y una psicología mística, que descubre y persigue hasta las últimas raíces del amor propio y de los afectos humanos, y una poesía mística, que no es más que la traducción en forma de arte de todas estas teologías y filosofías, animadas por el sentimiento personal y vivo del poeta que canta sus espirituales amores.

Sólo en el Cristianismo vive perfecta y pura esta poesía; pero cabe, más ó menos enturbiada, en toda creencia que afirme y reconozca la personalidad humana y la personalidad divina, y aun en aquellas religiones donde lo divino ahoga y absorbe á lo humano, pero no en silenciosa unidad, sino á modo de evolución y desarrollo de la infinita esencia, en fecunda é inagotable realidad. Por eso no es fruto, ni del deismo vago, ni del fragmentario y antropomórfico politeismo. Por eso los griegos no alcanzaron ni sombra ni vislumbre de élla. Donde los hombres valen más que los dioses, ¿quién ha de aspirar á la unión extática, ni abismarse en las dulzuras de la contemplación? La excelencia del arte heleno consistió en ver donde quiera la forma, esto es, el límite; y la excelencia de la poesía mística consiste en darnos un vago sabor de lo infinito, aun cuando lo envuelve en formas y alegorías terrestres.

El panteismo idealista y dialéctico es asimismo incompatible con la poesía, por seco, árido y enojoso; pero no el panteismo naturalista y emanatista, aunque encierra un virus capaz de matar en germen toda inspiración lírica, so pena de grave inconsecuencia en el poeta. Si la poesía lírica es, por su naturaleza, íntima, personal, *subjetiva*, como en la jerga de las escuelas se dice, ¿dónde queda la individualidad del que se reconoce parte de la infinita esencia; dónde ese eterno drama que en la conciencia cristiana nace de la comparación entre la propia flaqueza y miseria y los abismos de la sabiduría y poder de Dios; dónde el triunfal desenlace traido por la afirmación categórica del libre albedrío en el hombre, y de la bondad inagotable de un Dios que se hizo carne por los pecados del mundo? Fuera del Cristo humanado, lazo entre el cielo y la tierra, ¿qué arte, qué poesía sagrada habrá que no sea monstruosa como la de la India, ó solitaria é infecunda como la de los hebreos de la Edad Media?

Esta poesía, aun la imperfecta y heterodoxa, ora tenga por intérpretes *yoguis* indostánicos, gnósticos de Alejandría, rabinos judíos ó ascetas cristianos, no es ni ha podido ser en ningún siglo género universal y de moda, sino propio y exclusivo de algunas almas selectas, desasidas de las cosas terrenas, y muy adelantadas en los caminos de la espiritualidad. Se la ha falsificado, porque todo puede falsificarse; pero, ¡cuán fria y pálida cosa son las imitaciones hechas sin fé ni amor! De mí sé deciros, que cuando leo ciertas poesías modernas, con pretensión de místicas, me indigna más la falsa devoción del autor, que la abierta incredulidad de otros, y echo de menos, no ya las

desoladas tristezas de Leopardi, menos amargas por el purísimo cendal griego que las cubre, sino hasta los gritos de satánica rebelión contra el cielo que lanzaba, con rudeza sajona, el autor de *La Reina Mab* y del *Prometeo desatado.*

Pero, dejando á un lado tales impotentes remedos, á cualquiera se le alcanza que tampoco bastan la mera devoción y el bien intencionado fervor cristianos para producir maravillas de poesía mística, sino que el intérprete ó creador de tal poesía ha de ser encumbrado filósofo y teólogo, ó á lo menos teósofo, y hombre que posea y haya convertido en sustancia propia todo un sistema sobre las relaciones entre el Criador y la criatura. Por eso no dudo en afirmar que, además de ser rarísima flor la de tal poesía, no brota en ninguna literatura por su propia y espontanea virtud, sino después de larga elaboración intelectual, y de muchas teorías y sistemas, y de mucha ciencia y libros en prosa, como se verá claro por el contexto de este discurso. Y no se crea que confundo los aledaños de la ciencia y del arte, ni que soy partidario de lo que llaman hoy arte docente, sino que creo y afirmo que los conceptos que sirven de materia á la poesía mística son de tan alta naturaleza, y tan sintéticos y comprensivos, que, en llegando á columbrarlos, entendimiento y fantasía, y voluntad y arte y ciencia se confunden y hacen una cosa misma, y el entendimiento da alas á la voluntad, y la voluntad enciende con su calor á la fantasía, y es llama de amor viva en el arte lo que es serena contemplación en la teología. Si separamos cosas inseparables, en vez de las odas de San Juan de la Cruz, tan gran teólogo como poeta, nos quedará el vacío y femenil sentimentalismo de los ver-

sos religiosos que ahora se componen. No creamos que la ciencia es obstáculo para nada; no creamos, sobre todo, que la ciencia de Dios traba la mano del que ha de ensalzar con la lengua del ritmo las divinas excelencias.

Y dados tales precedentes, á nadie asombrará que tarde tanto en asomar la poesía mística en la Iglesia latina, y que, aun entre los griegos, no tenga más antigüedad que el siglo IV, ni más intérprete digno de la historia que el neo-platónico Sinesio, discípulo de Hipatia, amamantado con todas las enseñanzas paganas, gnósticas y cristianas de Alejandría; discípulo de los griegos por la forma hasta el punto de invocar con amor el coro de las vírgenes lesbianas y la voz del anciano de Teos; discípulo de Platón en la teoría de las ideas y de la preexistencia de las almas; pero tan poco discípulo de ellos en lo sustancial é íntimo, que al mismo autor del *Fedro* y del *Simposio* le hubieran sonado á música extraña y desconocida aquellos vagos anhelos de tornar á la fuente de la vida, de romper las ataduras terrenales, de saciar la sed de ciencia en las eternas fuentes de lo absoluto, y de *ser Dios juntamente con Dios*, no por absorción, sino por abrazo místico. ¿Cómo habían de encajar tales ideas en la concepción plácida y serena de la vida, ley armoniosa del arte antiguo? Por eso las efusiones de Sinesio abren un arte y un modo de sentir nuevos. La melancolía cristiana, el corazón inquieto hasta que descanse en el Señor, encontraron la primera expresión (y ciertamente una de las más bellas) en sus odas; y es, por ende, el Obispo de Tolemaida poeta más moderno en el sentir y en el imaginar que el mismo San Gregorio Nazianceno. Cerca del nombre de Sinesio debe-

mos poner el del sirio San Efrem, que con himnos católicos mató en las gentes de su país la semilla herética derramada en sus versos por el gnóstico Harmonio, aunque hoy el misticismo de San Efrem vive para nosotros en sus homilías y oraciones en prosa, ricas de color con riqueza y prodigalidad orientales, más bien que en sus himnos, perdidos todos á excepción de los pocos que se incorporaron en la liturgia siria, y que son, por la mayor parte, cantos fúnebres ó ascéticos.

Nada semejante en la Iglesia latina. Su gran poeta es un español, un celtíbero, Aurelio Prudencio, el cantor del Cristianismo heroico y militante, de los eculeos y de los garfios, de la Iglesia perseguida en las catacumbas ó triunfadora en el Capitolio. Lírico al modo de David, de Píndaro ó de Tirteo, y aún más universal que éllos, en cuanto sirve de eco, no á una raza, siquiera sea tan ilustre como la raza doria, ni á un pueblo, siquiera sea el pueblo escogido, sino á la gran comunidad cristiana, que había de entonar sus himnos bajo las bóvedas de la primitiva basílica. Rey y maestro en la descripción de todo lo horrible, nadie se ha empapado como él en la bendita eficacia de la sangre esparcida y de los miembros destrozados. Si hay poesía que levante y temple y vigorice el alma, y la disponga para el martirio, es aquélla. Los corceles que arrastran á San Hipólito, el lecho de ascuas de San Lorenzo, el desgarrado pecho de Santa Engracia, las llamas que lamen y envuelven el cuerpo y los cabellos de la emeritense Eulalia, mientras su espíritu huye á los cielos en forma de cándida paloma; los agudos guijarros que, al contacto de las carnes de San Vicente, se truecan en fra-

gantes rosas; el ensangrentado circo de Tarragona, á donde descienden, como gladiadores de Cristo, San Fructuoso y sus dos diáconos; la nivea estola con que en Zaragoza sube al empireo la mitrada estirpe de los Valerios..... eso canta Prudencio, y por eso es grande. No le pidamos ternuras ni misticismos; si algún rasgo elegante y gracioso se le ocurre, siempre irá mezclado con imágenes de martirio: serán los Santos Inocentes jugando con las palmas y coronas ante el ara de Cristo, ó tronchados por el torbellino como rosas en su nacer.

En vano quiere Prudencio ser fiel á la escuela antigua, á lo menos en el estilo y en los metros; porque la hirviente lava de su poesía naturalista, bárbara, *hematolatra* y sublime, se desborda del cauce horaciano. Para él la vida es campo de pelea, certamen y corona de atletas, y el granizo de la persecución es semilla de mártires, y los nombres que aquí se escriben con sangre los escribe Cristo con aureas letras en el cielo, y los leerán los ángeles en el día tremendo, cuando vengan todas las ciudades del orbe á presentar al Señor, en canastillos de oro, cual prenda de alianza, los huesos y las cenizas de sus Santos.

Quédese para otro hacer la gloriosísima historia de la poesía eclesiástica desde sus orígenes hasta el nacimiento de las lenguas vulgares. Esta poesía, erudita por sus autores, popular porque el pueblo latino la cantaba juntamente con el clero, es impersonal, y, por tanto, no es mística, ni expresion de un alma solitaria y contemplativa. El poeta no habla en nombre propio, sino de la multitud reunida en el templo. Sólo cuando el autor ha sido un Padre de la Iglesia como San Ambrosio, ó un Pontífice

instaurador ó reformador del canto eclesiástico como nuestro San Dámaso y San Gregorio el Magno, ó un retórico famoso como Venancio Fortunato, consta su nombre, y aun en estos casos el alma del poeta anda tan velada, que bien puede retarse al más sutil analizador de estilos á que descubra una sola fibra de ella en el *Vexilla regis prodeunt*, en el *Jam lucis orto sidere* ó en el *Lustra sex qui jam peregit*. ¿Qué más? Anónimas son hasta la fecha la mayor oda y la mayor elegía del Cristianismo: el *Dies irae* y el *Stabat Mater;* y ni en uno ni en otro creemos escuchar la voz aislada de un poeta, por grande que él sea, sino que en los versos bárbaros del primero viven y palpitan todos los terrores de la Edad Media, agitada por las visiones del milenario, y en el segundo todas las dulzuras y regalos que pudo inspirar, no á un hombre, no á una generación, sino á edades enteras, la devoción de la Madre del Verbo.

He dicho, y la historia lo confirma, que á todo poeta místico precede siempre una escuela filosófica. Obsérvase esto aun en el misticismo heterodoxo. Si conociéramos de otra manera que por fragmentos las obras de los gnósticos de Siria y de Egipto, aún sería más palpable la demostración; pero bástanos el texto de la *Pistis Sophia* ó *Sabiduría fiel*, y el de algunos evangelios apócrifos, y lo que de Valentino y de Bardesanes nos dejaron escrito sus impugnadores, para deducir que los himnos, alegorías y novelas de aquellos sectarios no eran más que una traducción en forma popular de sus respectivos sistemas emanatistas ó dualistas. Así expusieron la eterna generación de los *eones* en el seno del *Pleroma*, el destierro y las peregrinaciones de *Sophia*, último anillo de la *dodecada*, y su redención final por

el Cristo; así difundieron el desprecio á la materia, que llamaban una *mancha en la vestidura de Dios.*

De esta poesía herética tenemos una muestra en España: el himno de Argirio, conservado, aunque sólo en parte, por San Agustín en su carta á Cerecio (Epíst. CCXXXVII de la edición de San Mauro) [1]. Le usaban los Priscilianistas gallegos, única rama gnóstica que se arraigó en Occidente, y dábanle oculto y misterioso sentido, suponiéndole recitado en secreto por el Salvador á los Apóstoles. Hablaba en él la infinita y única sustancia: en la primera parte de cada versículo, como naturaleza divina; en la segunda, como naturaleza humana. Y decían de esta manera, imitando el paralelismo hebreo:

I.—Quiero desatar y quiero ser desatada (esto es, de los lazos corporeos).

II.—Quiero salvar y quiero ser salvada.

III.—Quiero engendrar y quiero ser engendrada.

IV.—Quiero cantar: saltad todos.

V.—Quiero llorar: golpead todos vuestro pecho.

VI.—Quiero adornar y quiero ser adornada.

VII.—Soy lámpara para tí que me ves.

VIII.—Soy puerta para tí que me golpeas.

IX.—Tú que ves lo que hago, calla mis obras.

1 I.—*Solvere volo et solvi volo.*
II.—*Salvare volo et salvari volo.*
III.—*Generari volo.....*
IV.—*Cantare volo: saltate cuncti.*
V.—*Plangere volo: tundite vos omnes.*
VI.—*Ornare volo et ornari volo.*
VII.—*Lucerna sum tibi, ille qui me vides.*
VIII.—*Janua sum tibi, quicumque me pulsas.*
IX.—*Qui vides quod ago, tace opera mea.*
X.—*Verbo illusi cuncta, et non sum illusus in totum.*

X.—Con la palabra engañé á todas las cosas, y no fuí engañada del todo.

Aún nos queda que hacer largo camino, camino de siglos, antes de tropezar con la mística ortodoxa. La inspiración que vamos buscando se refugió en los primeros siglos de la Edad Media en el alma de los judíos, y aun entre ellos no la atesoró en el mayor grado el más ilustre de sus poetas, el que logró autoridad casi canónica en las Sinagogas, el que compuso *la famosa lamentación que será cantada en todas las tiendas de Israel esparcidas por el mundo, el aniversario de la destrucción de Jerusalen,* el Abul-Hassán de los árabes, el castellano Judá-Leví, aquél de quien, entre burlas y veras, dijo Enrique Heine que «tuvo una alma más profunda que los abismos de la mar». Con ser Judá-Leví el lírico más notable de cuantos florecieron desde Prudencio hasta Dante, no es poeta místico en todo el rigor del término, precisamente por ser poeta bíblico y sacerdotal en grado sumo.

Más independiente, más personal, y hasta soñador y melancólico á la moderna, es Salomón-ben-Gabirol, el Avicebrón de los cristianos, autor de la *Fuente de la Vida.* Su poesía no es más que una forma de su filosofía, y su filosofía, la más audaz que ha brotado dentro de la Sinagoga, es un emanatismo alejandrino con reminiscencias gnósticas, y toques y vislumbres de otras metafísicas por venir, expuesto todo ello con método y terminología aristotélicos, y esforzándose el autor, con más candidez que dichoso resultado, en concertar sus enseñanzas, á toda luz panteísticas, con la personalidad divina y con el dogma de la Creación. Así proclama la unidad de materia,

como si dijéramos, la unidad de sustancia, y sólo en la *forma* ve el principio de distinción de los seres; pero excluye á Dios de la composición de *materia* y *forma*, afirmando en otra parte que *forma* y *materia* emanaron de la libre voluntad divina. La contradicción dialéctica es evidente, pero no amengua la gloria del poeta. Si tan pobre filosofía como el atomismo de Leucipo, hermanado con la moral de Epicuro, bastó á inspirar la nerviosa y espléndida poesía de Lucrecio, ¿cómo no había de levantarse Gabirol sobre todas las antinomias de su *Makor Hayim,* él, que era poeta hasta en prosa, y sabía interpretar simbólicamente la naturaleza, como buen teósofo, y *recordar* el verdadero sentido oculto bajo los caracteres y las formas sensibles, que son como letras que declaran el primor y sabiduría de su autor? La más extensa de sus composiciones, la *Corona Real (Keter Malkuth),* encierra trozos de soberana y eterna belleza, porque son de noble poesía espiritualista, independiente de las especulaciones del autor. Esta obra, que tiene más de ochocientos versos, participa de lo lírico y de lo didáctico, de himno y de poema περὶ φύσεως, donde la ciencia del poeta y su arranque místico se dan la mano. Permitidme, no que extracte, sino que traduzca algún breve trozo: «Eres Dios (exclama el poeta), y todas las criaturas te sirven y adoran..... Tu gloria no se disminuye ni se acrecienta porque adoren en Tí lo que Tú no eres, porque el fin de todos es llegar á Tí. Pero van como ciegos, pierden el camino y ruedan al abismo de la destrucción, ó se fatigan en vano sin lograr el fin apetecido. Eres Dios, y sostienes y *esencias* á todas las criaturas con tu divinidad, y nadie puede distinguir en

Tí la unidad, la eternidad y la existencia, porque todo es un misterio único, y con nombres distintos todo tiene un solo sentido. Eres sabio, y la sabiduría es la fuente de la vida que brota de Tí. Eres sábio, y la sabiduría fué desde la eternidad tu retoño querido. Eres sabio, y de tu sabiduría emanó tu voluntad de artífice para sacar el sér de la nada. Y á la manera que la luz se difunde en infinitos rayos por todo lo creado, así manan eternamente las aguas de la fuente de la vida, sin que su caudal se agote, sin que Tú necesites instrumento para tus obras.»

¿Y cómo no admirar al poeta en la descripción de las esferas celestes, hasta que penetra en la décima, en la *esfera del entendimiento,* que es el cercado palacio del Rey, el Tabernáculo del Eterno, la tienda misteriosa de su gloria, labrada con la plata de la verdad, revestida con el oro de la inteligencia y asentada en las columnas de la justicia? Más allá de esa tienda sólo queda el *misterio,* el *principio de toda cosa,* ante el cual se humilla el poeta, satisfecho y triunfante por haber abarcado con su mano todas las existencias corporeas y espirituales, que van pasando por su espíritu como por el mar las naves.

Quien vivía entregado á tan altas contemplaciones, ¿cómo había de mirar el mundo, sino como cárcel y destierro? «Alma noble y real (dice en una de sus composiciones breves), ¿por qué tiemblas como una paloma? Esta vida es un arco tendido y amenazador. El tiempo corto, el fin incierto. Vuelve, vuelve á tu nido: cumple la voluntad de Dios, y sus ángeles te guiarán al jardín celeste» [1].

1 Hay una excelente traducción alemana de las poesías de Avicebrón, hecha por Geiger, rabino de Breslau: *Salomo Gebirol u. s. Dichtungen* (Leipzig, 1867). La mayor parte de éllas pueden verse además en el libro del Dr. Miguel Sachs, *Die*

La filosofía alejandrina hizo místicos á los judíos, y algunos chispazos de este misticismo llegaron á los árabes, con ser la más refractaria de todas las razas á la especulación intelectual y á la meditación de las cosas divinas. Ni un solo verso místico conozco en todo lo que anda traducido de sus poetas. El único que lo fué de veras, aunque escribiendo en prosa, es el insigne filósofo, astrónomo y médico guadijeño, Abubeker-ben-Tofail (siglo XII), autor de la novela filosófica que Pococke llamó *El autodidacto,* obra de las más extrañas de la Edad Media. Si á la grandeza de la invención y del pensamiento correspondiesen el desarrollo y el estilo, que desdichadamente, y para el gusto de lectores modernos y occidentales, no corresponden, pocos libros habría en el mundo tan maravillosos como este Robinsón filosófico, en que el protagonista *Hai,* nacido en una isla desierta y amamantado por una cabra, crecido y formado sin trato ni comunicación con racionales, va elaborando por sí mismo sus ideas, procediendo de lo particular á lo general, de lo concreto á lo abstracto, del accidente á la sustancia, hasta llegar á la *unidad* y abismarse en élla, y sacar por fruto de todas sus meditaciones el éxtasis de los *sofíes* de Pérsia y el *Nirwana* budhista. El autor, que pertenecía á la secta llamada de los *contempladores,* escribió su libro para resolver el problema de la unión del entendimiento agente con el hombre; pero, á semejanza de su maestro

religiose Poesie der luden in Spanien (Berlín, 1845). El *Keter Malkuth* fué traducido al latín por Francisco Donato *(Poma aurea linguae hebraicae,* Roma, 1618), y al castellano, y muy bien, aunque en prosa, por David Nieto; al francés, por Mardoqueo Ventura, etc.

Las condiciones de este discurso no me consienten detenerme en otros poetas hebreos de menos cuenta, como los dos Ben-Ezras y Moisés-bar-Nachmán, sobre los cuales puede verse á Sachs.

Avempace en la epístola del *Régimen del solitario,* llega á la conclusión mística por vía especulativa [1], por la exaltación de las fuerzas naturales del entendimiento humano, por la espontaneidad racional elevada á la máxima potencia, y no por el escepticismo religioso, que hoy diríamos tradicionalismo, del persa Algazel. «El mundo sensible y el mundo divino (escribe Tofail) son como dos mujeres en un mismo harem: si el dueño prefiere á la una, ha de irritarse forzosamente la otra.» ¿Cómo resolver este dualismo? Aniquilándose, para que lo múltiple se reduzca á la unidad; y mientras la aniquilación no se cumple, prolongando el éxtasis y la visión por todo género de medios, hasta materiales y groseros, aturdiéndose y mareándose con vueltas á la redonda, para producir el vértigo. «Ponía el solitario toda su contemplación en lo Absoluto, y apartaba de sí todos los impedimentos de las cosas sensibles, y cerraba los ojos y tapiaba los oidos, y con todas sus fuerzas procuraba no pensar más que en lo Uno; y giraba con mucha rapidez, hasta que todo lo sensible se desvanecía, y la fantasía y las demás facultades que tienen instrumentos corporeos caían en debilidad y abatimiento, alzándose pura y enérgica *la acción de su espíritu,* hasta percibir al *Sér necesario* [2], la verdadera y gloriosa esencia.

1 Él lo dice bien claro, á lo menos en la versión latina de Pococke: «*Ad hunc autem gradum pervenitur via scientiae speculativae et disquisitionis cogitativae*».

2 Página 15 de la edición de Pococke: «*Philosophus autodidactus sive Epistola Abi Jaafar, ebn Thofail, de Hahi ben Jokdhan, in qua ostenditur quomodo ex inferiorum contemplatione ad superiorum notitiam ratio humana ascendere possit. Ex Arabica in latinam linguam versa. Ab Eduardo Pocockio A. M. Ædis Christi Alumno. Oxonii, excudebat H. Hall..... 1671.* (De mi biblioteca.) Hay otra edición latina de 1700, tres traducciones inglesas, dos alemanas, una holandesa y una hebrea de Moisés de Narbona, acompañada de un largo comentario, inédito todavia. Vid. Munck, *Mélanges de philosophie arabe et juive.* (Paris, 1859, págs. 410 á 418.) Puede notarse cierta lejana analogia entre el *Autodidacto* y el *Criticón* de Gracián.

¿Y habrá quien pretenda que semejante novela pesimista y delirante, ó que la misma *Corona Real* de Gabirol, con ser resplandeciente de luz y de poesía, han influido de un modo directo en la literatura mística de los cristianos? ¿Cuándo de las tinieblas salió la luz? Místicos nuestros hay que son hermanos ó hijos de Tofail; pero no los busquemos en la Iglesia ortodoxa, sino en las sectas quietistas, en Miguel de Molinos y los adoradores de la nada, en los alumbrados de Llerena, en los convulsionarios jansenistas, en los tembladores de Inglaterra. El vértigo, la excitación producida por brutales flagelaciones, el desprecio de la vida activa, la contemplación enervadora y malsana, de éllos son, y no de San Buenaventura ni de Gerson.

Achaque fué de la erudición de otros tiempos poner por las nubes el influjo de árabes y judíos en la cultura de Europa, y hoy quizá hayamos venido á caer, por reacción, en el extremo contrario. Agradecimiento debemos, sin duda, á los árabes como trasmisores, más ó menos infieles, de una parte del saber griego, recibido por éllos de segunda mano, de intérpretes persas ó sirios. Y no sólo en las ciencias astronómicas y físicas, sino en la misma filosofía primera, sirven los sectarios del Islam de anillo que traba la antigua cultura con la moderna. Tan inexacto es decir que Aristóteles fuera desconocido en las escuelas de Occidente hasta la introducción de los compendios de Avicena y de Algazel en el siglo XII, como imaginar que los escolásticos anteriores á aquella fecha conociesen del Estagirita otra cosa que el *Organon*, incompleto, y no en su original, sino en la traducción de Boecio. Pero no fué obstáculo esta ignorancia de Aristóteles para que la escolástica, que en este

primer período no pudo tomar de él más que las formas lógicas, se desarrollase rica y potente en todo género de direcciones ortodoxas y heterodoxas, sin que deban nada á los árabes, ni el panteismo alejandrino de Escoto Erígena, sabiamente impugnado por nuestro doctor Prudencio Galindo en el siglo IX, ni el realismo de Lanfranco, enérgico adversario del heresiarca Berenguer en el XI, ni la maravillosa teodicea de San Anselmo, en que la razón va confirmando las premisas de la fe, ni el audaz y descarado nominalismo de Gaunilón y del antitrinitario Roscelino, verdaderos positivistas á la moderna, ni el conceptualismo de Pedro Abelardo, ni la escuela mística de Hugo y de Ricardo de San Víctor. Y si luego se dilata por los campos de la escolástica la corriente oriental, es para traer nuevos errores sobre los antiguos, y más que todos, el averroismo, ó teoría del *intellecto uno*, perpetuo fantasma de la Edad Media y del Renacimiento, como que no bastaron á ahuyentarle los esfuerzos de Santo Tomás, de Ramón Lull y de Luis Vives, y se arrastró oscuramente en la escuela de Padua hasta muy entrado el siglo XVII.

Ni necesitaron los escolásticos que moros y judíos viniesen á revelarles las dulzuras de la contemplación y de la unión extáticas, puesto que, aparte de las muchas luces que podían sacar de los tratados de San Agustín, eran lectura familiar de éllos los libros *De mystica Theologia* y *De divinis nominibus* del falso Areopagita, pseudónimo de algún platónico cristiano de Alejandría; libros que el mismo Escoto Erígena (mucho antes que filosofase nadie en la raza árabe) tradujo del griego y comentó é hizo familiares á los cortesanos de Carlos el Calvo. Aquella semilla fruc-

tificó, sobre todo en la abadía de San Víctor, cátedra de Guillermo de Champeaux, hasta engendrar la escuela mística de Hugo y Ricardo, que aspiran á la intuición de las naturalezas invisibles, pero no por los *documentos de la razón*, ni por la *vana sabiduría del mundo*, sino por un proceso de iluminación divina, con varios grados y categorías de ascensión para la mente; en suma, un verdadero *ontologismo*. Á difundir tales ideas, especie de reacción contra las audacias dialécticas de los Abelardos y Roscelinos, contribuyó el mismo San Bernardo, con no ser filósofo en el riguroso sentido de la palabra, pero sí teólogo místico empapado en la purísima esencia del *Cantar de los Cantares*, y orador incomparable, en quien una dulzura láctea y suave se juntaba con un calor bastante á lanzar á los hombres al desierto ó á la cruzada.

Y cuando llegó el siglo XIII, la edad de oro de la civilización cristiana, á la vez que la teología dogmática y la filosofía de Aristóteles, purificada de la liga neoplatónica y averroista, se reducían á método y forma en la *Summa Theologica* y en la *Summa contra gentes*, la inspiración mística, ya adulta y capaz de informar un arte, centelleaba y resplandecía en los aureos tercetos del *Paradiso*, sobre todo en la visión de la divina esencia que llena el canto XXVIII, y llegaba á purificar é idealizar los amores profanos en algunas canciones del mismo Dante, y corría por el mundo de gente en gente llevada por los mendicantes franciscanos, desde el santo fundador, que si no es seguro que hiciera versos (sea ó no suyo el himno de *Frate Sole)*, fué á lo menos soberano poeta en todos los actos de su vida y en aquel simpático y pene-

trante amor suyo á la naturaleza, hasta Fr. Pacífico, trovador convertido, llamado en el siglo el *Rey de los versos,* y San Buenaventura, cuya teología mística, aun en los libros en prosa, en el *Breviloquium,* en el *Itinerarium mentis ad Deum,* rebosa de lumbres y matices poéticos, no indignos algunos de éllos de que Fr. Luis de León los trasladase á sus odas. Y en pos de éllos Fra Giacomino de Verona, el ingenuo cantor de los gozos de los bienaventurados, y el Beato Jacopone da Todi, que no compuso el *Stabat,* dígase lo que se quiera (porque nadie se parodia á sí mismo), pero que fué en su género frailesco, beatífico y popular, singularísimo poeta, mezcla de fantasía ardiente, de exaltación mística, de candor pueril y de sátira acerada, que á veces trae á la memoria las recias invectivas de Pedro Cardenal.

¿Y á quién extrañará que enfrente de toda esta literatura franciscana, cuyo más ilustre representante solía llorar *porque no se ama al amor,* pongamos, sin recelo de quedar vencidos, el nombre del peregrino mallorquín que compuso el libro *Del Amigo y del Amado?* ¡Cuándo llegará el día en que alguien escriba las vidas de nuestros poetas franciscanos con tanto primor y delicadeza como de los de Italia Ozanam! Quédese para el afortunado ingenio que haya de trazar esa obra, tejer digna corona de poeta y de novelista, como ya la tiene de sabio y de filósofo, al iluminado doctor y mártir de Cristo, Ramón Lull, hombre en quien se hizo carne y sangre el espíritu aventurero, teosófico y visionario del siglo XIV, juntamente con el saber enciclopédico del siglo XIII. En el beato mallorquín, artista hasta la médula de los huesos, la teología, la

filosofía, la contemplación y la vida activa se confunden y unimisman, y todas las especulaciones y ensueños armónicos de su mente toman forma plástica y viva, y se traducen en viajes, en peregrinaciones, en proyectos de cruzada, en novelas ascéticas, en himnos fervorosos, en símbolos y alegorías, en combinaciones cabalísticas, en árboles y círculos concéntricos, y representaciones gráficas de su doctrina, para que penetrara por los ojos de las muchedumbres, al mismo tiempo que por sus oidos, en la monótona cantilena de la *Lógica metrificada* y de la *Aplicació de l'art general*. Es el escolástico popular, el primero que hace servir la lengua del vulgo para las ideas puras y las abstracciones, el que separa de la lengua provenzal la catalana, y la bautiza desde sus orígenes, haciéndola grave, austera y religiosa, casi inmune de las eróticas liviandades y de las desolladoras sátiras de su hermana mayor, ahogada ya para entonces en la sangre de los Albigenses. Ramón Lull fué místico teórico y práctico, asceta y contemplativo, desde que en medio de los devaneos de su juventud le circundó de improviso, como al antiguo Saulo, la luz del cielo; pero la flor de su misticismo no hemos de buscarla en sus *Obras rimadas* [1], que, fuera de algunas de índole elegiaca, como el *Plant de nostra dona Santa Maria*, son casi todas (inclusa la mayor parte del *Desconort)* exposiciones populares de aquélla su teodicea racional, objeto de tan encontrados pareceres y censuras, exaltada por unos como revelación de lo alto, y tachada por otros punto menos que de herética por el empeño de demostrar con

1 Las ha coleccionado D. Jerónimo Roselló en un grueso volumen. (Palma, 1859, imp. de Gelabert.)

razones naturales todos los dogmas cristianos, hasta la Trinidad y la Encarnación, todo con el santo propósito de resolver la antinomia de fe y razón, bandera de la impiedad averroista, y de preparar la conversión de judíos y musulmanes, empresa santa que toda su vida halagó las esperanzas del bienaventurado mártir.

La verdadera mística de Ramón Lull se encierra en una obra escrita en prosa, aunque poética en la sustancia: el *Cántico del Amigo y del Amado*, que forma parte del libro V de la extraña novela utópica intitulada *Blanquerna*, donde el iluminado doctor desarrolla su ideal de perfección cristiana en los estados de matrimonio, religión, prelacía, pontificado y vida eremítica; obra de hechicera ingenuidad y espejo fiel de la sociedad catalana del tiempo. El *Cántico* está en forma de diálogo, tejido de ejemplos y parábolas, tantos en número como días tiene el año, y su conjunto forma un verdadero *Arte de contemplación*. Enseña Raimundo que «las sendas por donde el Amigo busca á su Amado son largas y peligrosas, llenas de consideraciones, suspiros y llantos, pero iluminadas de amor». Parécenle largos estos destierros, durísimas estas prisiones: «¿Cuándo llegará la hora en que el agua, que acostumbra correr hacia abajo, tome la inclinación y costumbre de subir hacia arriba?» Entre temor y esperanza hace su morada el varón de deseos, vive por pensamientos y muere por el olvido; y para él es bienaventuranza la tribulación padecida por amor. El entendimiento llega antes que la voluntad á la presencia del Amado, aunque corran los dos como en certamen. Más viva cosa es el amor en corazón amante que el relámpago y el trueno, y más que el viento que hunde las naos

en la mar. Tan cerca del Amado está el suspiro, como de la nieve el candor. Los pájaros del verjel, cantando al alba, dan al solitario entendimiento de amor, y al acabar los pájaros su canto, desfallece de amores el Amigo, y este desfallecimiento es mayor deleite é inefable dulzura. Por los montes y las selvas busca á su amor; á los que van por los caminos pregunta por él, y cava en las entrañas de la tierra por hallarle, ya que en la sobrehaz no hay ni vislumbre de devoción. Como mezcla de vino y agua se mezclan sus amores, más inseparables que la claridad y el resplandor, más que la esencia y el sér. La semilla de este amor está en todas las almas: ¡desdichado del que rompe el vaso precioso y derrama el aroma! Corre el Amigo por las calles de la ciudad, pregúntanle las gentes si ha perdido el seso, y él responde que puso en manos del Señor su voluntad y entendimiento, reservando sólo la memoria para acordarse de Él. El viento que mueve las hojas le trae olor de obediencia; en las criaturas ve impresas las huellas del Amado; todo se anima y habla y responde á la interrogación del amor: amor, como le define el poeta, «claro, limpio y sutil, sencillo y fuerte, hermoso y espléndido, rico en nuevos pensamientos y en antiguos recuerdos»; ó como en otra parte dice con frase no menos galana: «hervor de osadía y de temor». «Venid á mi corazón (prosigue) los amantes que queréis fuego, y encended en él vuestras lámparas: venid á tomar agua á la fuente de mis ojos, porque yo en amor nací, y amor me crió, y de amor vengo, y en el amor habito.» La naturaleza de este amor místico nadie la ha definido tan profundamente como el mismo Ramón Lull, cuando dijo que «era medio entre creen-

cia é inteligencia, entre fé y ciencia». En su grado extático y sublime, el Amigo y el Amado se hacen *una* actualidad en *esencia,* quedando á la vez *distintos* y *concordantes.* ¡Extraño y divino erotismo, en que las hermosuras y excelencias del Amado se congregan en el corazón del Amigo, sin que la personalidad de éste se aniquile y destruya, porque sólo los junta y traba en uno *la voluntad vigorosa, infinita y eterna del Amado!* ¡Admirable poesía, que junta como en un haz de mirra la pura esencia de cuanto especularon sabios y poetas de la Edad Media sobre el amor divino y el amor humano, y realza y santifica hasta las reminiscencias provenzales de canciones de mayo y de alborada, de verjeles y pájaros cantores, casando por extraña manera á Giraldo de Borneil con Hugo de San Víctor! [1]

No os parezca profanación, señores, si después del nombre de Lulio, á quien el pueblo mallorquín venera en los altares, traigo el nombre de un poeta erótico, posterior en más de un siglo, y que comparte con él la mayor gloria de la literatura catalana. Lejos de mí la profana mezcla de amores humanos y divinos, de que no debe vestirse ningún cristiano entendimiento; pero fuera soberana injusticia hablar de Ausías March con la misma ligereza que de cualquier otro cantor de finezas y desvíos. Y por otra parte, el amor encendido, apasionado y vehemente á la criatura, el amor en grado heroico, aun cuando vaya er-

1 El *Blanquerna* se imprimió por primera y única vez en Valencia, por Mosén Juan Bonlabii (que lastimosamente modernizó el texto), en 1521; edición rarísima. Yo poseo (y me he valido de) la traducción castellana impresa en Mallorca (1749) *por la viuda de Frau (Blanquerna, maestro de la perfección*..... etc.), que también escasea mucho. El traductor es anónimo. Morel Fatio, en el tomo VI de la *Romania*, ha dado noticias y extractos de un antiguo códice catalán, que difiere no poco del texto impreso en Valencia.

rado en su objeto, no puede albergarse en espíritus mezquinos y vulgares, sino en almas nacidas para la contemplación y el fervor místico. El mismo Ramón Lull, que tan altamente especuló del amor divino, es el que, cuando mozo, se abrasaba en las llamas de la pasión mundana y del deseo, hasta penetrar á caballo, en seguimiento de su dama, por la iglesia de Santa Eulalia; el mismo á quien Dios llamó á penitencia, mostrándole roido por un cáncer el pecho de Ambrosia la genovesa.

Nada de legendario y fantástico en la biografía de Ausías March. Es toda élla tan sencilla y prosaica, que los que se han detenido en la corteza de sus versos, sin penetrar el íntimo sentido, han juzgado mera convención poética sus amores, y hasta fantástica la dama, ó han creido, como Diego de Fuentes, que al celebrarla no quiso el poeta sino «mostrar con más levantado estilo la fuerza y licor de sus versos». Opinión absurda, porque además de constar en los biógrafos, y hasta en un pasaje algo embozado del mismo Ausías, el verdadero nombre de la ilustre dama, que él suele llamar *lirio entre cardos*, ¿quién no siente, bajo la ceniza árida y escolástica de los *Cantos de amor*, el rescoldo de una pasión verdadera y profunda? Sino que Ausías, con ser imitador del Petrarca en algunos pormenores, é imitador á su modo, es decir, áspera y crudamente, no se parece al mismo Petrarca, ni á ningún elegiaco del mundo, en la manera de sentir y expresar el amor. Se le encuentra á la primera lectura monótono, duro, frío, pobrísimo de imágenes; pero, vencido este primer disgusto, pocas personalidades líricas hay tan dignas de estudio. Si existe un poeta verdaderamente psicológico, es

decir, que no haya visto en el mundo más que las soledades de su alma, Ausías lo es, y en el análisis de sus afectos pone fuerza y lucidez maravillosas. La poesía del Petrarca parece insustancial devaneo al lado de esta disección sutil é implacable de las fibras del alma. Llega á olvidarse uno del amor y de la dama, y á ver sólo el corazón del poeta, materia del experimento. Ausías no se cuida del mundo exterior, y cuando quiere decirnos algo de él, aparece torpe y desgarbado; pero el mundo del espíritu le pertenece, y en él sabe describir hasta los átomos impalpables. Decir que Ausías desciende de la poesía italiana, de Dante y de Petrarca, es decir una vulgaridad, que puede inducir á error, hasta por lo que tiene de cierta. En lo sustancial, en lo que da carácter propio á un poeta, Ausías no desciende de nadie, sino de sí mismo y de la filosofía escolástica, de que es discípulo fervoroso. Sus cantos pueden reducirse á forma silogística, y de éllos extraerse una psicología y una estética, y un tratado de las pasiones. Ese es

el oro fino y extremado
En sus profundas venas escondido,

que dijo Jorge de Montemayor; y por eso nuestros antiguos (y entre éllos el maestro de Cervantes) tuvieron á Ausías por filósofo tanto ó más que poeta. Y si del Petrarca dijo Hugo Fóscolo y han repetido tantos:

Che amore in Grecia nudo, nudo in Roma,
D' un velo candidissimo adornando,
Rendea nel grembo à Venere celeste,

de nuestro valenciano podemos decir, no sólo que arropó al amor con todo género de cándidos cendales, hasta el punto de no describir nunca, ni por semejas, la peregrina hermosura de su dama, sino que le hizo sentarse en los bancos de la escuela de Santo Tomás y de Escoto, y aprender de coro muchas cuestiones de la *Summa*, como el mejor discípulo de la Sorbona.

He dicho que los versos de Ausías constituyen, reunidos, una verdadera filosofía del amor y de la hermosura, que, á no estar dirigida á beldad terrena, merecería ser aquí largamente analizada. Ausías tenía grandes condiciones de poeta místico; pero se quedó en el camino, distraido por el amor humano, y en los *Cantos de Muerte* y en el *Canto Espiritual* apenas pasó de ascético y moralista.

Y basta de Edad Media, porque en vano he recorrido los poetas del *mestér de clerecía*, desde Gonzalo de Bercero hasta el Arcipreste de Hita y el Canciller Ayala, y nuestros cancioneros castellanos y portugueses, desde el de la Vaticana hasta el de Resende, en busca de algo que fuera *místico* con todo el rigor de la frase; y he encontrado sólo versos de devoción, piadosas leyendas, visiones del cielo y del infierno, como las que en la época visigoda bosquejaba en las soledades del Vierzo el ermitaño San Valerio, cariñosas efusiones á la Virgen, y á vueltas de esto, muchas cosas que serán todo menos poesía, dicho sea con toda la reverencia debida á la vetustez del lenguaje y al valor histórico de aquellos monumentos.

Ensalcen otros la Edad Media: cada cual tiene sus devociones. Para España, la edad dichosa y el siglo feliz fué aquél en que el entusiasmo religioso y la inspiración casi

divina de los cantores se aunó con la exquisita pureza de la forma, traida en sus alas por los vientos de Italia y de Grecia. Siglo en que la mística castellana, silenciosa ó balbuciente hasta aquella hora, rotas las prisiones en que la encerraba la asidua lectura de los Tauleros y Ruysbroeck de Alemania, y ahogando con poderosos brazos la mal nacida planta de los alumbrados, dió gallarda muestra de sí, libre é inmune de todo resabio de *quietud* y de panteismo, y corrió como generosa vena por los campos de la lengua y del arte, fecundando la abrasadora elocuencia del Apóstol de Andalucía, el severo y ascético decir de San Pedro de Alcántara, la regalada filosofía de amor de Fr. Juan de los Ángeles, la robusta elocuencia del venerable Granada, toda calor y afectos que arrancan lumbre del alma más dura y empedernida, el pródigo y mal represado lujo de estilo de Malón de Chaide, la serena luz platónica que se difunde por los *Nombres de Cristo* de Fr. Luis de León, y la alta doctrina del conocimiento propio y de la unión de Dios con el centro del alma, expuesta en las *Moradas* teresianas como en plática familiar de vieja castellana junto al fuego. ¿Quién ha declarado la unión extática con tan graciosas comparaciones como Santa Teresa: ya de las dos velas que juntan su luz, ya del agua del cielo que viene á henchir el cauce de un arroyo? ¿Y qué diremos de aquella portentosa representación suya de la esencia divina, «como un claro diamante muy mejor que todo el mundo», ó como un espejo en que por subida manera, y «con espantosa claridad», se ven juntas todas las cosas, sin que haya ninguna que salga fuera de su grandeza? Ni Malebranche ni Leibnitz imaginaron nunca tan soberana ontología.

No hubo abstracción tan sutil ni concepto tan encumbrado que se resistiese al romance de nuestro vulgo: sépanlo los que hoy, á título de filosofía, la destrozan y maltratan. Esa lengua bastó para contener y difundir el pensamiento de Platón y del Areopagita, en cauce no menos amplio que el de la lengua griega, y ciertamente que no halló pobre ni estrecha la nuestra (y valga un ejemplo por todos) el fraile que supo decir (en el libro I de los *Nombres)* que «las cosas, demás del sér real que tienen en sí, tienen otro aún más delicado, y que en cierta manera nace de él, consistiendo la perfección en que cada uno de nosotros sea un mundo perfecto, para que de esta manera, estando todos en mí y yo en todos los otros, y teniendo yo su sér de todos ellos, y todos y cada uno dellos teniendo el sér mío, se abrace y eslabone toda aquesta máquina del universo, y se reduzca á unidad la muchedumbre de sus diferencias, y quedando no mezcladas se mezclen, y permaneciendo muchas no lo sean, y extendiéndose y como desplegándose delante los ojos la variedad y diversidad, venza y reine y ponga su silla la unidad sobre todo». El filósofo que en nuestros días tuviera que explicar esta gallarda concepción armónica, diría probablemente que «lo objetivo y lo subjetivo *se daban congrua,* y homogeneamente, *dentro y debajo* de la unidad, y en virtud de élla, en íntima unión *de Todeidad*»; y se quedaría tan satisfecho con esta bárbara algarabía, so pretexto de que los *viejos moldes* de la lengua no bastaban para su altivo y alemanisco pensamiento.

Gala y carácter de este misticismo español es lo delicado y agudo del análisis psicológico, en que ciertamente se adelantaron los nuestros á los místicos del Norte, y esto, á

mi ver, hasta por tendencias de raza y condiciones del genio nacional, visibles en la historia de nuestra ciencia. Á nadie asombre el que Santa Teresa diera por firmísimo fundamento de sus *Moradas* la observación interior, sin salir de élla mientras no sale de la *ronda del castillo.* Toda la filosofía española del siglo XVI, sobre todo la no escolástica é independiente, está marcada con el sello del psicologismo, desde que Luis Vives, en su tratado *De anima et vita,* anticipándose á cartesianos y escoceses, volvió por los fueros de la *silenciosa experiencia de cada cual dentro de sí mismo (tacita cognitio..... experientia cujuslibet intra seipsum),* de la *introspección* ó reflexión *(mens in se ipsam reflexa),* hasta que Gómez Pereira redujo á menudo polvo las *especies inteligibles* y la hipótesis de la *representación* en el conocimiento, levantando sobre sus ruinas el edificio que Hamilton ha llamado *realismo natural.*

La importancia dada al conocimiento de sí propio, la enérgica afirmación de la personalidad humana, aun en el acto de la posesión y del éxtasis, salva del panteismo, no sólo á nuestros doctores ortodoxos, sino al mismo hereje Miguel de Molinos, en cuyo budhismo nihilista, el alma, muerta para toda actividad y eficacia, retirada en la parte superior, en el ápice de sí misma, abismándose en la nada, como en su centro, espera el aliento de Dios, pero reconociéndose sustancialmente distinta de él.

Recuerdo á propósito de esta distinción unos tercetos, tan ricos de estilo como profundos en la idea, de un olvidado poeta del siglo XVI, á quien no con entera injusticia llamaron sus contemporáneos *el Divino;* porque si es cierto que suele versificar dura y escabrosamente, también lo es

que piensa tan alto como pocos. Hablo del capitán Francisco de Aldana, natural de Tortosa, muerto heroicamente en la jornada de África con el rey D. Sebastián. No os pesará oir lo que pensaba de la inmersión del alma en Dios, y veréis cuán graciosas y adecuadas comparaciones se le ocurren para vestir de forma poética el intangible pensamiento:

Y como el fuego saca y desencentra
Oloroso licor por alquitara
Del cuerpo de la rosa que en él entra,
Así destilará de la gran cara
Del mundo inmaterial varia belleza,
Con el fuego de amor que la prepara.
Y pasará de vuelo á tanta alteza [1],
Que volviéndose á ver tan sublimada,
Su misma olvidará naturaleza.
Cuya capacidad ya dilatada
Allá verá, do casi ser le toca
En su primera causa transformada.
Ojos, oidos, pies, manos y boca,
Hablando, obrando, andando, oyendo y viendo,
Serán del mar de Dios cubierta roca.
Cual pece dentro el vaso alto, estupendo
Del Oceano, irá su pensamiento
Desde Dios para Dios yendo y viniendo.
. . . .
No que del alma la especial natura,
Dentro el divino piélago hundida,
Deje en el Hacedor de ser hechura,

1 El alma.

O quede aniquilada y destruida,
Cual gota de licor que el rostro enciende
Del altísimo mar toda absorbida.
Mas como el aire en que su luz extiende
El claro sol, que juntos aire y lumbre
Ser una misma cosa el ojo entiende.
. . . .
Déjese el alma andar suavemente,
Con leda admiracion de su ventura,
Húndase toda en la divina fuente,
Y del vital licor humedecida,
Sálgase á ver del tiempo en la corriente.
. . . .
Ella verá con desusado estilo
Toda regarse y regalarse junto
De un, salido de Dios, sagrado Nilo.

Á diferencia de otros misticismos egoistas, inertes y enfermizos, el nuestro, nacido enfrente y en oposición á la Reforma luterana, se calienta en el horno de la caridad, y proclama la eficacia y valor de las obras. No exclama Santa Teresa, como la discreta Victoria Colonna, catequizada en mal hora por Juan de Valdés:

Cieco e' l nostro voler, vane son l' opre,
Cadono al primo vol le mortal piume,

sino que escribe en la Morada V: «No, hermanas, no; *obras quiere el Señor*..... y ésta es la verdadera *unión*..... Y estad ciertas, que mientras más en el amor del prójimo os vié-

redes aprovechadas, más lo estaréis en el amor de Dios.» Por eso Santa Teresa no separa nunca á Marta de María, ni la vida activa de la contemplativa.

Todos nuestros grandes místicos son poetas, aun escribiendo en prosa, y lo es más que todos Santa Teresa en la traza y disposición de su *Castillo Interior;* pero la misma riqueza de la materia me obliga á reducirme á los que escribieron en verso, y á prescindir casi de la doctora avilesa. Y la razón es llana: entre las veintiocho poesías que en la edición más completa se le atribuyen, muchas son de autenticidad dudosa, y ninguna pasa de la medianía, fuera de la conceptuosa letrilla, que ya acude á vuestros labios como á los míos:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.

Estos versos, «nacidos (como escribe el P. Yepes) del fuego del amor de Dios que en sí tenía la Madre», son el más perfecto dechado del apacible discreteo que aprendieron de los trovadores palacianos del siglo XV algunos poetas devotos del siglo XVI; y en medio de lo piadoso del asunto, retraen á la memoria otros más profanos acentos del comendador Escrivá y del médico Francisco de Villalobos:

Venga ya la dulce muerte
Con quien libertad se alcanza,

dice el físico del Emperador.

Y Santa Teresa clama:

Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir tan ligero,
Que muero porque no muero.

En cuanto al célebre soneto

No me mueve mi Dios para quererte,

que en muchos devocionarios anda á nombre de Santa Teresa, y en otros á nombre de San Francisco Javier (que apuntó una idea muy semejante en una de sus obras latinas), sabido es que no hay el más leve fundamento para atribuirle tan alto origen; y á pesar de su belleza poética, y de lo fervoroso y delicado del pensamiento (que, mal entendido por los quietistas franceses, les sirvió de texto para su teoría del amor puro y desinteresado), hemos de resignarnos á tenerle por obra de algun fraile oscuro, cuyo nombre quizá nos revelen futuras investigaciones.

¿Quién me dará palabras para ensalzar ahora, como yo quisiera, á Fr. Luis de León? Si yo os dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre, sino de ángel, no hay lírico castellano que se compare con él, aún me parecería haberos dicho poco. Porque desde el Renacimiento acá, á lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza; nadie en el arte de las transiciones y de las grandes lineas, y en la rapidez lírica; nadie ha volado tan alto ni

infundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno. El mármol del Pentélico labrado por sus manos se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos é italianos, de Horacio, de Píndaro y del Petrarca, de Virgilio y del himno de Aristóteles á Hermias, corre juvenil aliento de vida que lo transfigura y lo remoza todo. Así, con piedras de las canteras del Ática labró Andrés Chénier sus elegías y sus idilios, jactándose de haber hecho, sobre pensamientos nuevos, versos de hermosura antigua; pero bien sabéis que el procedimiento tenía fecha. Error es creer que la originalidad consista en las ideas. Nada propio tiene Garcilasso más que el sentimiento, y por eso sólo vive y vivirá cuanto dure la lengua. Y aunque descubramos la fuente de cada uno de los versos de Fr. Luis de León, y digamos que la tempestad de la oda á Felipe Ruiz se copió de las *Geórgicas*, y que *La vida del campo* y *La profecía del Tajo* son relieves de la musa de Horacio, siempre nos quedará una esencia purísima, que se escapa del análisis; y es que el poeta ha vuelto á sentir y á *vivir* todo lo que imita de sus modelos, y con sentirlo lo hace propio, y lo anima con rasgos suyos; y así en la tempestad pone *el carro de Dios ligero y reluciente,* y en *la vida retirada* nos hace penetrar en la granja de su convento, orillas del Tormes, en vez de llevarnos, como Horacio, á la alquería de Pulla ó de Sabinia, donde la tostada esposa enciende la leña para el cazador fatigado. ¡Poesía legítima y sincera, aunque se haya despertado por inspiración refleja, al contacto de las páginas de otro libro! Hay cierta misteriosa generación en lo bello (τόκος ἐν τῷ καλῷ), como dijo Platón. El sentido del arte cre-

ce y se nutre con el estudio y reproducción de las formas perfectas. A. Chénier lo ha expresado con símil felicísimo: el de la esposa lacedemonia, que, cercana al parto, mandaba colocar delante de sus ojos las más acabadas figuras que animó el arte de Zeuxis, los Apolos, Bacos y Helenas, para que, apacentándose sus ojos en la contemplación de tanta hermosura, brotase de su seno, henchido de aquellas nuevas y divinas formas, un fruto tan noble y tan perfecto como los antiguos ejemplares y dechados. Así se comprende que Fr. Luis de León, con ser poeta tan sabio y culto, tan enamorado de la antigüedad y tan lleno de erudición y doctrina, sea en la expresión lo más sencillo, candoroso é ingenuo que darse puede, y esto no por estudio ni por artificio, sino porque juntamente con la idea brotaba de su alma la forma pura, perfecta y sencilla, la que no entienden ni saborean los que educaron sus oidos en el estruendo y tropel de las odas quintanescas. Es una mansa dulzura, que penetra y embarga el alma sin excitar los nervios, y la templa y serena, y le abre con una sola palabra los horizontes de lo infinito:

Aquí el alma navega
Por un mar de dulzura, y finalmente
En él así se anega,
Que ningún accidente
Extraño ó peregrino oye ni siente.

Ese efecto que en el autor hacía la música del ciego Salinas, hacen en nosotros sus odas. Los griegos hubieran dicho de éllas que producían la apetecida *sophrosyne*

(σωφρόσυνη), aquella calma y reposo y templanza de afectos, fin supremo del arte:

El aire *se serena*
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada.

Música que retrae al poeta la memoria

De su origen primera exclarecida,

y le mueve á levantarse sobre el oro y la belleza terrena y cuanto adora el vulgo vano, y traspasar las esferas para oir aquella música no perecedera que las mueve y gobierna y hace girar á todas; música de números concordes, que oyeron los pitagóricos, y San Agustín y San Buenaventura, y que es la fórmula y la cifra de la estética platónica.

Todo lleva á Dios el alma del poeta, no asida nunca á las formas sensibles, ni del arte ni de la naturaleza (con ser de todos los nuestros quien más la comprendió y amó), sino ávida de lo infinito, donde centellean las ideas madres, cual aureo cerco de la Verdad suprema; donde se ve distinto y junto

Lo que es y lo que ha sido,
Y su principio cierto y escondido;

donde la paz reina y vive el contento, y donde sestea el

buen Pastor, ceñida la cabeza de púrpura y de nieve, apacentando sus ovejas con inmortales rosas, producidoras eternas de consuelo,

Con flor que siempre nace,
Y cuanto más se goza, más renace.

¿Y será hipérbole, señores, el decir que tales cantos traen como un sabor anticipado de la gloria, y que el poeta que tales cosas pensó y acertó á describir, había columbrado en alguna visión la morada de grandeza, el templo de claridad y de hermosura, *la vena del gozo fiel*, los repuestos valles y los riquísimos mineros, y las esferas angélicas

De oro y luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas? [1]

Pero aún hay una poesía más angélica, celestial y divina, que ya no parece de este mundo, ni es posible medirla con criterios literarios, y eso que es más ardiente

1 Como se ve, apenas aludo más que á las odas *Noche serena*, *Á Salinas*, *Á Felipe Ruiz*, *Á la vida del Cielo*, que son las que tienen el carácter místico más señalado. En otras, v. gr., la del *Apartamiento*, hay rasgos de misticismo, y en una de las atribuidas á Fr. Luis de León por el Padre Merino, la cual no suele imprimirse en las ediciones vulgares, se leen estas dos bellísimas estrofas, que, si no son del gran Maestro, merecen serlo:

¡Oh aires sosegados,
Ya libres de las voces y rüidos,
Al cielo encaminados,
Del corazón salidos
Llevad con vuestras ondas mis gemidos!
Lleguen á la presencia
Del uno entre millares escogido:
Lamentando su ausencia,
En tierra del olvido
Queda mi corazón de amor herido.

de pasión que ninguna poesía profana, y tan elegante y exquisita en la forma, y tan plástica y figurativa, como los más sabrosos frutos del Renacimiento. Son las *Canciones Espirituales* de San Juan de la Cruz, la *Subida del monte Carmelo,* la *Noche oscura del alma.* Confieso que me infunden religioso terror al tocarlas. Por allí ha pasado el espíritu de Dios, hermoseándolo y santificándolo todo:

Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.

Juzgar tales arrobamientos, no ya con el criterio retórico y mezquino de los rebuscadores de ápices, sino con la admiración respetuosa con que analizamos una oda de Píndaro ó de Horacio, parece irreverencia y profanación. Y sin embargo, el autor era tan artista, aun mirado con los ojos de la carne, y tan sublime y perfecto en su arte, que tolera y resiste este análisis, y nos convida á exponer y desarrollar su sistema literario, vestidura riquísima de su extático pensamiento.

La materia de sus canciones es toda de la más ardorosa devoción y de la más profunda teología mística. En éllas se canta la dichosa ventura que tuvo el alma en pasar por la oscura noche de la fe, en desnudez y purificación suya, á la unión del amado; la perfecta unión de amor con Dios cual se puede en esta vida, y las propiedades admirables de que el alma se reviste cuando llega á esta unión, y los

varios y tiernos afectos que engendra la interior comunicación con Dios. Y todo esto se desarrolla, no en forma dialéctica, ni aun en la pura forma lírica de arranques y efusiones, sino en metáfora del amor terreno, y con velos y alegorías tomados de aquel divino epitalamio en que Salomón prefiguró los místicos desposorios de Cristo y su Iglesia. Poesía misteriosa y solemne, y sin embargo, lozana y pródiga y llena de color y de vida; ascética, pero calentada por el sol meridional; poesía que envuelve las abstracciones y los conceptos puros en lluvia de perlas y de flores, y que, en vez de abismarse en el centro del alma, pide imágenes á todo lo sensible, para reproducir, aunque en sombras y lejos, la inefable hermosura del Amado. Poesía espiritual, contemplativa é idealista, y que con todo eso nos comunica el sentido más arcano, y la más penetrante impresión de la naturaleza, en el silencio y en los *miedos veladores* de aquella noche, *amable más que el alborada,* en el *ventalle de cedros,* y el aire del almena que orea los cabellos del Esposo:

Mi amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonorosos,
El silbo de los aires amorosos.
La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora
. . . .

Deténte, Cierzo muerto,
Ven, Austro que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran tus olores,
Y pacerá mi amado entre las flores.
. . . .
Gocémonos, amado,
Y vámonos á ver en su hermosura
El monte y el collado,
Do mana el agua pura:
Entremos más adentro en la espesura.
Y luego á las subidas
Cavernas de las piedras nos iremos
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de granadas gustaremos.
Nuestro lecho florido
De cuevas de leones enlazado,
De púrpura teñido,
En paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.
Á zaga de tu huella,
Los jóvenes discorren el camino,
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones del bálsamo divino.

Por toda esta poesía oriental, transplantada de la cumbre del Carmelo y de los floridos valles de Siona, corre una llama de afectos y un encendimiento amoroso, capaz

de derretir el mármol. Hielo parecen las ternezas de los poetas profanos al lado de esta vehemencia de deseos y de este fervor en la posesión que siente el alma después que bebió el vino de la bodega del Esposo:

Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para tí quiero tenellos.

. . . .

Quedéme y olvidéme,
El rostro recliné sobre el amado,
Cesó todo y dejéme,
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado.

¿Y aquel otro rasgo, que no está en el *Cantar de los Cantares*, y que, no obstante, es admirable de verdad y de sentimiento:

Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimían?

. . . .

Y todo esto es la corteza y la sobrehaz, porque, penetrando en el fondo, se halla la más alta y generosa filosofía que los hombres imaginaron (como de Santa Teresa escribió Fr. Luis), y tal que no es lícito dudar que el Espíritu Santo regía y gobernaba la pluma del escritor. ¿Quién le

había de decir á Garcilasso que la ligera y gallarda estrofa inventada por él en Nápoles, cuando quiso domar por ajeno encargo la esquivez de doña Violante Sanseverino, había de servir de *fermosa cobertura* á tan altos pensamientos y suprasensibles ardores? Y en efecto, el hermoso comentario que en prosa escribió San Juan de la Cruz á sus propias canciones, nos conduce desde la desnudez y desasimiento de las cosas terrenas, y aun de las imágenes y apariencias sensibles, á la noche oscura de la mortificación de los apetitos que entibian y enflaquecen el alma, hasta que, libre y sosegada, llega á gustarlo todo, sin querer tener gusto en nada, y á saberlo y poseerlo todo, y aun á serlo todo, sin querer saber ni poseer ni ser cosa alguna. Y no se aquieta en este primer grado de purificación, sino que entra en la vía iluminativa, en que la noche de la fe es su guía, y como las potencias de su alma son fauces de monstruo abiertas y vacías, que *no se llenan menos que con lo infinito,* pasa más adelante, y llega á la unión con Dios en el *fondo de la sustancia del alma,* en su *centro más profundo,* donde *siente el alma la respiración de Dios;* y se hace tal unión cuando Dios da al alma esta merced soberana que todas las cosas de Dios y el alma son una en transformación participante, y el alma más parece Dios que alma, y aun es Dios por participación, aunque conserva su sér natural unida y transformada, «como la vidriera le tiene distinto del rayo, estando de él clarificada». Pero no le creamos iluminado ni ontologista, ó partidario de la intuición directa, porque él sabrá decirnos, tan maravillosamente como lo dice todo, que en esta vida «sólo comunica Dios ciertos visos entre-oscuros de su divina hermosura, que

hacen codiciar y desfallecer al alma con el deseo de lo restante». Ni le llamemos despreciador y enemigo de la razón humana, aunque aconseje desnudarse del propio entender, pues él escribió que «más vale un pensamiento del hombre que todo el mundo», y estaba muy lejos de creer permanente, sino transitorio y *de paso*, aquel éxtasis de alta contemplación, del cual misteriosamente cantaba:

Entréme, donde no supe,
Y quedéme no sabiendo,
Toda ciencia transcendiendo.
. . . .

Después de Fr. Luis de León y de San Juan de la Cruz fuera injusto no hacer alguna memoria de Malón de Chaide, autor del hermoso, aunque algo retórico, libro de *La Conversión de la Magdalena*. Lástima que no tengamos más versos suyos que los pocos que intercaló en la misma *Conversión*, si bien bastan éllos para acreditarle de eximio poeta, y aún más que las traducciones de *Psalmos*, las dos canciones originales:

Óyeme, dulce Esposo,
Vida del alma que en la tuya vive.....
Al Cordero que mueve
Con el cándido pié el dorado asiento.....

En el estilo y en el gusto se parece á Fr. Luis de León, y ciertamente se le acercaría si fuera más sobrio y recogido y ahorrara más las palabras, porque viveza de fantasía

y calor de alma le sobran. Nunca pasará por lírico vulgar el que expresó de esta manera los goces etereos:

Cércante las esposas,
Con hermosas guirnaldas coronadas
De jazmines y rosas,
Y á coros concertadas
Siguen, dulce Cordero, tus pisadas.
. . . .
Y cuando al medio día
Tienes la siesta junto á las corrientes
Del agua clara y fría,
Del amor impacientes,
Ciñen en derredor las claras fuentes.
. . . .
Andas en medio dellas,
Dando mil resplandores y vislumbres,
Como el sol entre estrellas,
Y en las subidas cumbres
De los montes eternos das tus lumbres [1].

1 Los velos de la alegoría que dan tan misteriosa y augusta oscuridad á las composiciones de San Juan de la Cruz y de Malón de Chaide, desaparecen del todo en otros místicos nuestros, más didácticos y más fríos: en el autor del *Estímulo del Divino Amor* (por ejemplo), ó en las octavas, por otra parte robustas y de hondo sentido, que se atribuyen al trinitario San Miguel de los Santos, hijo y patrono de la ciudad de Vich. Lope de Vega dijo de éllas que «no cabían bajo de potencia humana», y que «eran suma de la perfección espiritual». En éllas es más la doctrina que el arte, pero doctrina estupenda, y tal que basta á levantar, y aun á enfervorizar, el estilo, enriquecido con prodigalidad y opulencia de ideas más que de afectos:

Con esta luz ilustra la memoria
De imágenes y formas ya desnuda,
Y de esta vida triste y transitoria
Á la firmeza de su sér la muda:
Con la lumbre de fe, la luz de gloria

Temo que este discurso se va prolongando demasiado, y por eso renuncio á hablar de otros poetas secundarios, aunque ya advertí al principio que la verdadera inspiración mística es cosa rarísima, aun en medio de aquella maravillosa fecundidad de la poesía devota que ilustra nuestros dos siglos de oro, y sólo rasgos esparcidos de élla encontraréis en esa selva de *Cancioneros Sagrados, Vergeles, Jardines* y *Conceptos Sagrados,* con que tanto bien y consuelo dieron á las almas, y tanta gloria á las letras, Fr. Ambrosio Montesino, Juan López de Úbeda, Fr. Arcángel de Alarcón, Alonso de Bonilla, el divino Ledesma, Pedro de Padilla, el maestro Valdivielso y Lope de Vega, superior á todos en su *Romancero Espiritual* [1]. ¡Cuán grato me fuera

Le da al entendimiento vista aguda:
Arde la voluntad por lo que ama
Con fuego de este amor en viva llama.

. . . .

La voluntad suprema á unirse viene
Toda en sí propia, y toda amor se hace;
Sube más alto y nada le detiene,
Muere mil veces, y otras mil renace:
Goza lo que ama, y aunque en sí lo tiene,
Su cuidadoso amor no satisface,
Que mientras más le goza, más se aumenta,
Y siempre amando más se queda hambrienta.

. . . .

Mas aunque goza á Dios, no comprehende
Lo que hay en Dios ni cómo está en el cielo,
Que el ser humano y flaco no lo entiende
Ni puede ver á Dios en mortal velo:
Goza de Dios amando, mas pretende
Conocerle y amarle en este suelo,
Y unirse por amor con él, de modo
Que un sér humano le parezca en todo.

(*El alma en la vida unitiva:* octavas impresas en *La Veu de Monserrat*, 5 de Julio de 1879.)

1 En las *Rimas Sacras* de Lope hay algunas composiciones que pueden pasar por místicas, especialmente los romances cortos que principian:

Estábase el alma
Al pié de la sierra.....

detenerme en todos esos romances, glosas, villancicos, endechas y juegos de Noche-Buena, y mostrar la invasión del elemento popular en éllos, y la infantil devoción, como de inocentes que juegan ante el altar, con que en éllos se disfrazan, sin daño de barras ni peligro de los oyentes, tan buenos cristianos como el poeta, los más augustos misterios de nuestra Redención, en raras alegorías, ya del misacantano, ya del juez pesquisidor ó del reformador de las escuelas, ó bien se parodian á lo divino romances viejos, y se difunden, con el tono y música de las canciones picarescas, *ensaladillas* y *chanzonetas* al Santísimo Sacramento! ¡Bendita sencillez! ¿Dónde te has ido? Y al mismo género pertenecen nuestros Autos Sacramentales, de que

Cantad, ruiseñores,
Al alborada,
Porque viene el Esposo
De ver al alma.....

En el *Cancionero y vergel de flores divinas* de Juan López de Úbeda se lee una glosa de una canción vieja:

Yo me iba ¡ay Dios mío!
Á Ciudad reale;
Errara yo el camino
En fuerte lugare.....

que es más bien ascética, pero que se da algo la mano con el género que estudiamos.

El precioso *Cancionero* de Valdivielso, ahora recientemente y con mucha elegancia reimpreso, contiene muchos versos devotos que frisan en lo místico, v. gr.:

—Vos mi cielo sois.
—Y Vos sois mi cielo.
—Vos sois centro mío.
—Y Vos sois mi centro.
—¡Ay Dios, lo que os amo!
—Alma, ¡ay cuánto os quiero!
—En Vos me transformo.
—Y yo en Vos me quedo.
—Tomad Vos mis brazos.
—Y dadme los vuestros;

quizá debería yo tratar, si ya no lo hubiese hecho, de tal modo que apenas deja lugar á emulación, el malogrado González Pedroso; y si no fuera verdad, por otra parte, que los *Autos*, más bien que poesía mística, son traducción simbólica, en forma de drama, de un misterio de la teología dogmática, y deben calificarse de poesía *teológica*, lo mismo que muchos lugares de la *Comedia* de Dante.

Aun en los tiempos de mayor decadencia para nuestra literatura, se albergó en los claustros, guardada como precioso tesoro y nunca marchita, la delicadísima flor de la poesía erótica á lo divino, conceptuosa y discreta, inocente y profunda, la cual, no sólo en el siglo XVII, sino en el XVIII, y á despecho de la tendencia enciclopedista

Galán de mi alma,
Cercadme de flores,
Que de amores enferma,
Muero de amores.

El *Estímulo del Divino Amor* se ha atribuido por algunos á Fr. Luis de León, pero el estilo no parece suyo. Le publicó Rengifo en su *Arte Poética* (Salamanca, 1592). Es poesía enteramente mística, como puede juzgarse por estas redondillas:

Y si contemplar pudieras
Aquel arquetipo mundo,
Ejemplar de este segundo,
¡Oh, cuán altas cosas vieras!
Vieras otra esfera hermosa,
De otras líneas rodeada,
Y á cada cosa criada,
En Dios vuelta en otra cosa;
En su eterno entendimiento
Vieras á todas las cosas,
En cualidad más hermosas
Y en el número sin cuento.
En un círculo infinito
De inmensa capacidad,
Cuyo centro es la deidad,
Y su sér incircunscrito, etc.

Vid. *Romancero y Cancionero Sagrados* de la Biblioteca de Rivadeneyra, y la *Floresta de Rimas Antiguas Castellanas* de Bolh de Faber.

y heladora de la época, esparcía su divino aroma en los versos de algunas monjas imitadoras de Santa Teresa. De las que alcanzaron todavía el buen siglo sólo os citaré á una, Sor Marcela de San Félix, y á ésta, no sólo por hija de Lope de Vega, sino porque dió sus versos á luz un compañero vuestro, y porque es gloria de la que podéis llamar vuestra casa, como monja de las Trinitarias. Así el romance de la *Soledad,* como el del *Pecador arrepentido* y el del *Afecto amoroso,* únicos suyos que conozco, son dignos del padre de Sor Marcela; teniendo, además, un sentimiento tan íntimo y fervoroso como Lope no le alcanzó nunca, ni siquiera en los *Soliloquios de un alma á Dios,* que compuso delante del Crucifijo. Verdadera poetisa la que acertó á decir en loor de la soledad mística:

En tí gocé de mi Esposo
Las pretendidas caricias,
Los halagos sin estorbos,
Los regalos sin medida.

. . . .

En tí me vi felizmente,
Muy negada y muy vacía
De criaturas y afectos,
Cuanto lejos de mí misma.

. . . .

En tí le pedí su unión
Con ansias de amor tan vivas,
Que no sé si le obligaron:
Él lo sabe y Él lo diga.

. . . .

¿Qué virtud no se alimenta
Con tus pechos y caricias?
¿Quién deja de estar contento
Si te busca y te codicia?
. . . .

Aún es mayor el movimiento lírico y el anhelo amoroso en otro romancillo corto:

Sufre que noche y día
Te ronde aquesas puertas,
Exhale mil suspiros,
Te diga mil ternezas
. . . .
Porque el amor fogoso
Que de fuerte se precia,
Por más que le acaricies,
Con nada se contenta.
Todo se le hace poco,
Si á conseguir no llega
Todo un Dios por unión
Donde saciarse pueda [1].

Hermanos de tales versos se dirían los de la sevillana Sor Gregoria de Santa Teresa, por más que falleciera en 1735. Era una alma del siglo XVI, y ni del prosaismo del suyo, ni del conceptismo del anterior, hay apenas huellas en sus romances tiernos y sencillos.

¡Cuán extraña cosa debieron de parecer á los discípulos

1 Molins, *Sepultura de Cervantes*, 1870, págs. 213 y sigs.

de Luzán y de Montiano aquellas endechas suyas *Del pensamiento!*

Aquel profundo abismo
Del Sumo Bien que adoro,
Donde el alma se anega,
Y es su dicha mayor el irse á fondo
. . . .
Aquel aire delgado,
Silbo blando, amoroso,
Que el corazón penetra
Y la mente levanta á unirse al todo
. . . .
Perdida mi memoria,
Mi entendimiento absorto,
Mi voluntad se rinde,
Y dulcemente en mar de amor zozobro.

Y yo cambiaría de buena gana todas las sátiras y epístolas y églogas y odas pindáricas que los preceptistas de aquel tiempo hicieron, por algunos pedazos del romance del *Pajarillo:*

¡Oh tú, que con blandas plumas,
Giras el vago elemento,
Sube más alto, si puedes,
Y serás mi mensajero.
Darás de mis tristes penas
Un amoroso recuerdo
Á la luz inaccesible

Del sol de Justicia eterno.
Díle que sus resplandores
Me tienen de amor muriendo,
Porque á la luz de mi fe
Descubro sus rayos bellos,
Y en éllos me engolfo tanto
Cuanto en éllos más me ciego,
Que es gloria quedar vencido
Del imposible que anhelo [1].

La fama de Sor Gregoria de Santa Teresa fué grande en su tiempo, con ser su tiempo tan poco favorable á efusiones místicas. Don Diego de Torres escribió largamente su vida y virtudes, y á él debemos la conservación de las poesías que van citadas.

Aún fué mayor el nombre de la portuguesa Sor María do Ceo, cuyas obras se tradujeron en seguida al castellano (1744). Tenía, sin duda, ingenio no vulgar y más vigoroso que el de Sor Gregoria, y más hábil para concertar un plan, pero afeado con todo género de dulzazos amaneramientos. En la novela alegórica de *La Peregrina*, y en las muchas poesías intercaladas en élla, todas relativas al viaje del alma en busca de su divino Esposo; en el auto de las *Lágrimas de Roma*, y en las alegorías de las flores y piedras preciosas, hay brío de imaginación y hasta talento descriptivo y felices imitaciones del *Cantar* de Salomón [2]; pero

1 *Poesías de la Venerable Madre Sor Gregoria Francisca de Santa Teresa* (París, Garnier, 1856), publicadas por Mr. Latour.

2 *Obras varias y admirables de la Madre María do Ceo, religiosa franciscana y abadesa del convento de la Esperanza de Lisboa.* (Madrid, por Antonio Marin, 1744.) Dos tomos son los que han llegado á mis manos; quizá se publicó algún otro que en el prólogo del segundo se anuncia.

todo, aun la misma dulcedumbre, en fuerza de repetida, empalaga.

Con estas monjas coexistió y debe compartir el lauro la americana Sor Francisca Josefa de la Concepción, de Tunja, en Nueva Granada (fallecida en 1742), que escribió en prosa, digna de Santa Teresa, un libro de *Afectos Espirituales*, con versos intercalados, no tan buenos como la prosa, pero en todo de la antigua escuela [1], y á veces imitados de la Santa Carmelitana.

Fuera del claustro y de las almas femeninas, quizá el último anillo de nuestra poesía mística sea la oda *A un pensamiento* de D. Gabriel Álvarez de Toledo, exhumada por el diligente historiador de la lírica del siglo pasado, á quien no he de nombrar, puesto que se sienta entre vosotros. Fué Álvarez hombre de largos estudios, dado á graves meditaciones, autor de una especie de Filosofía de la Historia, primer bibliotecario del rey, y uno de los fundadores de esta Academia: poeta malogrado por el siglo infeliz en que nació, pero no tan malogrado que no nos dejase rastrear lo que pudo ser, por los dichosos rasgos esparcidos en lo poco que hizo. Asombra encontrar entre el cieno insulso de los versos que entonces se componían, una *meditación poética* tan alta de pensamiento y tan firme de estilo (fuera de algún prosaismo) como la citada. Estoy por decir que hasta los rasgos conceptuosos que tiene están en su lugar y no la desfiguran, porque no son vacío alambicamiento, sino sutileza en el pensar del poeta, que ve entre las cosas extrañas relaciones y analogías:

1 *Sentimientos Espirituales de la Venerable Madre Francisca Josefa de la Concepción de Castillo..... escritos por ella misma de orden de sus confesores..... Santa Fe, 1843.*

¿Qué oculto bien es éste
Que en criaturas tantas,
En ninguna responde,
Y para que le busque, en todas llama.

. . . .

Todos el bien procuran,
Y es consecuencia clara,
El que en sí no le tienen,
Pues nadie solicita lo que alcanza.

. . . .

¿De qué le sirve al ave
Batir la pluma osada,
Si la pihuela burla
El ligero conato de sus alas?

. . . .

Búscale, pues te busca,
Óyele, pues te llama,
Que descansar no puedes,
Si en su divino centro no descansas.....

Permitidme acabar con tan sabroso dejo esta historia compendiada de un modo de poesía que yace, si no muerto, por lo menos aletargado y decaido en nuestro siglo. Notaréis que he estudiado ese género frente á frente y en sí mismo, sin enlazarle con la historia externa, lo cual escandalizará, de seguro, á los que en todo y por todo quieren ver el *espejo* y el *reflejo* de la sociedad en el arte. Mas yo entiendo que contra estas enseñanzas, buenas y útiles en sí, pero absorbedoras de la individualidad y valor propio del artista, á poco que se exageren, conviene reclamar

la independencia del género poético, y, sobre todo, del génio lírico, y más aún del que no arenga á la multitud en las plazas, ni habla en nombre de una idea política ó social, sino de su propio y solitario pensamiento, absorto en la contemplación de las cosas divinas. Cuando tal estado de alma se dé, el poeta será más ó menos perfecto con los recursos y las formas que el arte de su tiempo le depare; pero, creedlo, será lírico de veras. Yo tengo tal confianza en la virtualidad y poder de la poesía lírica, que por igual me hacen sonreir los que la creen sujeta á la misma ley de triste decadencia que aflige á otras artes, v. g., la escultura y el teatro, y los que, por el extremo contrario, aplicando torpemente lo que llaman ley del progreso, juzgan los cantos de nuestro siglo superiores á todos, sólo porque hablan más de cerca á sus aficiones y sentimientos. *Ne quid nimis.* Dios no agotó en los griegos y en los romanos el ideal del arte; y en cuanto á la poesía lírica, podemos esperar confiadamente que vivirá, como dice la canción alemana, mientras haya cielos y flores, y pájaros y alboradas, y hermosura y ojos que la contemplen, y vivirá lozana y robusta en tanto que la raíz del sentimiento humano no se marchite ó seque.

Ni creamos que morirá la poesía mística, que siempre ha de tener por refugio algunas almas escogidas, aun en este siglo de duda y descreimiento, que nació entre revoluciones apocalípticas, y acaba en su triste senectud, dejándonos en la filosofía un nominalismo grosero, y en el arte la descripción menuda y fría de los pormenores, descripción por describir, y sin fin ni propósito, y más de lo hediondo y feo que de lo hermoso; arte que hasta ahora

no ha encontrado su verdadero nombre, y anda profanando los muy honrados de *realismo* y *naturalismo,* aplicables sólo á tan grandes pintores de la vida humana como Cervantes, Shakespeare y Velázquez.

Más duros tiempos que nosotros alcanzaron nuestros abuelos: éllos vieron cerrados los templos, y la cruz abatida, y perseguidos los sacerdotes, y triunfante el empirismo sensualista y la literatura brutal y obscena, y tenida toda religión por farándula y trapacería. Y sin embargo, todo aquello pasó, y la cruz tornó á levantarse, y el espíritu cristiano penetró como aura vivífica en el arte de sus adoradores, y aun en el de sus enemigos: y ello es que en el siglo XIX se han escrito la *Pentecoste* y el *Nombre de María;* y ¿qué más os diré? hasta Leopardi, por su insaciado anhelo de la belleza eterna é increada y del bien infinito, por sus vagas aspiraciones y dolores, y hasta por su pesimismo, es un poeta místico á quien sólo faltó creer en Dios.

No desesperemos, pues, y el que tenga fe en el alma y valor para dar testimonio de su fe ante los hombres, cante de Dios, aun en medio del silencio general, que no faltarán, primero, almas que sientan con él, y luego voces que respondan á la suya. Y cante como lo hicieron sus mayores, claro y en castellano, y á lo cristiano viejo, sin filosofismos ni nebulosidades de allende, porque si ha de hacer sacrílega convención de Cristo con Belial, ó fingir lo que no siente, ó sacrificar un ápice de la verdad, vale más que se calle, ó que sea sincero como Enrique Heine y Alfredo de Musset, y dé voz á la ironía demoledora, ó describa los estremecimientos carnales y la muerte de Rolla sobre el

lecho comprado para los deleites de su última noche; porque cien veces más aborrecibles que todas las figuras de Caines y Manfredos rebelados contra el cielo, son las devotas imágenes en que se siente la risa volteriana del escultor [1].

HE DICHO.

1 Por razones fáciles de comprender no he hablado de los escasos poetas místicos del siglo presente. Séame lícito, no obstante, hacer, aunque en forma de nota, una excepción, no de amistad, sino de justicia, en favor de la preciosa colección de *Idilios y Cantos Místicos* de Mosén Jacinto Verdaguer, alta gloria de la literatura catalana, y superior, en mi concepto, á su tan celebrado poema de *La Atlántida*. Sin hipérbole puedo decir que no se desdeñaría cualquiera de nuestros poetas del gran siglo de firmar algunas de las composiciones de ese volumen: tal es el fervor cristiano, y la delicadeza de forma y de conceptos que en éllas resplandece.

CONTESTACION

DEL

EXCMO. SEÑOR DON JUAN VALERA

Fácil era de prever, señores Académicos, y bien había yo previsto, la grande satisfacción que íbamos á tener en este día, al quedar completamente confirmado por el bello discurso que acabamos de oir el acierto con que procedimos en la elección del Sr. Menéndez Pelayo para ocupar un puesto en esta Real Academia.

No era menester, ni para vosotros, ni para cierto círculo, grande ya en España por fortuna, de personas aficionadas á los estudios serios, que el joven que hoy se sienta entre nosotros diese de nuevo tan brillante prueba de su aptitud. La prueba convenía, no obstante, para que la convicción, que nos ha movido á elegirle á pesar de sus pocos años, penetrase en otro círculo más extenso, donde se discurre, se vota y se sentencia sobre méritos literarios, donde la discreción y el recto juicio abundan sin duda, pero donde las ardientes contiendas de la política y el perpetuo afán de la industria y de los intereses materiales no dejan vagar ni reposo para examinar con detención el

valer de las obras de ingenio, sobre todo si éstas requieren, por su índole, examen más profundo que somero.

La gente que pertenece á dicho círculo forma á veces equivocados juicios, porque falla algo á ciegas, salvo quizá sobre una clase de escritos, cuya lectura se hace con rapidez y sin esfuerzo de atención, ó sobre otra clase de escritos, que no es necesario leer, porque se oyen y sirven de espectáculo: la novela y el drama.

Proviene de aquí que todo el que no es autor dramático ó novelista tarde más en llegar con su nombre y con su gloria á ese círculo más extenso. Cuando lo consigue, suele ser en virtud de los continuados encomios y razones de aquellos sujetos de buen gusto, que viven en el círculo más pequeño, y que, apartados de la política y de otros negocios útiles, pero que distraen de estudios y lecturas, se paran á considerar y á pesar las excelencias de los trabajos de quien por primera vez sale á la palestra literaria.

Algo de esto ha ocurrido con el Sr. Menéndez Pelayo, el cual goza ya de bastante popularidad, habiendo sido, al menos en parte, reconocido su mérito; pero no pocas personas tiran á rebajarle, fundándose en vulgarísimos errores que será bueno desvanecer.

Con dificultad se concede el entendimiento. El entendimiento se escatima. ¿Quién no es avaro para darle? Se diría que lo que da cada uno es como si á sí mismo se lo quitara. La memoria, en cambio, se prodiga sin pena, como si no hiciese falta, ó como si no importase alta superioridad el poseerla. Hasta los mayores enemigos otorgan buena memoria á quien desean denigrar con sátira encubierta ó implícita en la alabanza. Presumen que la canti-

dad de memoria que conceden la sustraen del entendimiento del alabado, cuyos triunfos se explican de manera menos honrosa, negándole originalidad y fantasía.

En lo expuesto me fundo para no admitir, sin reparos y restricciones, los desmedidos elogios que oigo hacer por ahí de la portentosa memoria de nuestro nuevo compañero.

Imposible es que alguien sea erudito, literato ó sabio, sin buena memoria. Calidad es ésta que se requiere para cualquiera de dichos oficios ó profesiones; pero tambien se requiere buena voz para ser orador, y no sabemos que Estentor perorase más gallardamente que Ulises. Sin duda que el Sr. Menéndez Pelayo tiene buena memoria; pero con su buena memoria se hubiera quedado, si no poseyese otras facultades más altas, por cuya virtud su buena memoria le vale. El pintor necesita buena vista, y el músico, buen oido; pero hay hombres que tienen vista de lince, y no pintan, ó pintan mal, lo que es peor, y otros que tienen oidos de tísico, y no cantan ni componen óperas ni sinfonías; y de la propia suerte he conocido yo y conozco gran número de personas que tienen muchísima más memoria que el Sr. Menéndez Pelayo, y que ni llaman la atención ni escriben hermosos libros y mejores discursos. La memoria de éstos es como la urraca, que roba de aquí y de acullá multitud de cosas inútiles, y las amontona en desorden, y para nada le sirven; y la memoria del Sr. Menéndez Pelayo es como la abeja, que también toma, pero toma con discernimiento y buen tino, la más pura sustancia del cáliz de las flores; y ordenando luego lo que ha tomado, y prestándole no poco de su generosa y natural

condición, lo convierte en miel, con la cual endulza y deleita el paladar de los hombres, y en cera, con cuyo resplandor los ilumina, y hace patente la misteriosa belleza del santuario y los altares.

Entendida así la memoria, ¿cómo negar que es nobilísima y utilísima facultad del alma? Tal memoria no es dable sin la energía de carácter, sin la constancia, sin la laboriosidad, y sin otras virtudes. Y aun así, no bastaría todo ello para explicar cómo el Sr. Menéndez ha aprendido, ha escrito y ha enseñado tanto, siendo tan mozo, si no le concediésemos igualmente singular rapidez para comprender las cosas, y claro y ágil entendimiento para clasificarlas y ordenarlas, pues sólo lo bien comprendido, clasificado y ordenado se conserva allí, no se borra ni se confunde, y acude con prontitud cuando se necesita.

Á fin de ser excelente escritor se requiere además, sobre la memoria que conserva y el entendimiento que ordena, otra facultad que crea la expresión y la imagen de que el pensamiento se reviste, y que concierta y enlaza las palabras, por arte no aprendido, para que tejan el discurso con nitidez, elegancia y fuerza.

Este dón de la facundia le posee en grado eminente el Sr. Menéndez Pelayo. Todos sus escritos dan de ello irrecusable testimonio. Casi me atrevo á decir que pecan por lo fáciles. Tal vez, si el Sr. Menéndez Pelayo fuese premioso, sería más sobrio, más enérgico, más original en su estilo. Los escritores que tienen estilo propio no suelen ser los más disertos. En lo que se hace con extremada facilidad no se pone tanta parte del alma, no va tanto de lo hondo y esencial de nuestro sér, como en lo que cuesta

trabajo y en lo que tenemos que emplear todo nuestro empuje y ahinco.

Por su facilidad, así como por el grave cúmulo de sus conocimientos, el Sr. Menéndez ha puesto hasta hoy menos de lo que debiera de su sér en las obras que ha escrito. Yo tengo por seguro que, si bien las más son de erudición y de crítica, habría en éllas otra novedad de pensamiento, miras más singulares y teorías más propias, si el Sr. Menéndez no escribiese tan sin esfuerzo. Las ideas salen á buscarle en tropel, y la palabra adecuada para expresarlas acude ligera y solícita á su labio ó á su pluma. Esto le impide buscar y hallar en su alma, ó el manantial de donde brotan ideas nuevas, ó el tesoro donde las más peregrinas y sublimes yacen escondidas y olvidadas.

Sin embargo, el Sr. Menéndez, á pesar de este abandono ó descuido, que de su misma facilidad dimana, da ya muestras de ser lo que llaman ahora un *pensador*. Á través del conjunto de sus escritos se distingue y señala su persona en la república de las letras, con fisonomía propia y hasta con misión determinada, por donde acaso, en la historia de nuestro desenvolvimiento intelectual, llegue á marcar período.

En España, así como en Italia y en Francia, al nacer las respectivas lenguas-romances, surgió una literatura propia y castiza, á mi ver ni con mucho tan original como la de aquellos pueblos cuya cultura fué primordial y no derivada. La civilización del Lacio no se extinguió jamás por completo, ni aun en el más apartado rincón del que fué Imperio de Occidente, dando origen á completa barbarie. Los siglos más tenebrosos de la Edad Media más pa-

recen crepúsculo que noche. De aquí que toda literatura de los pueblos neo-latinos, hasta en su más inicial desarrollo, semeje renuevo, brote y reverdecimiento en el antiguo tronco, y no planta nacida de raíz, merced al espontaneo vigor de la tierra: sea un reaparecer, un retoñar de la cultura antigua, nunca muerta del todo. Los más viejos cantares, los más populares romances y las más locales leyendas distan mucho de tener la nativa sencillez, el virginal hechizo y la vernal frescura de los himnos del Rig-Veda ó de las rapsodias de la guerra troyana. Lo que se designa con el nombre de *renacimiento* no es, pues, sino la prolongación de la antigua cultura, restaurada desde que empezó á escribirse algo en las lenguas vulgares neolatinas. Nuestras literaturas, lo mismo que nuestros idiomas, son vástagos de la literatura é idioma del Lacio.

Con el pleno Renacimiento se estudió, se comprendió y se imitó mejor lo antiguo. De aquí la distinción, más aparente que real, entre la poesía pupular y la erudita; pero poco á poco pasó á lo popular todo lo bueno y hermoso que en lo erudito se había introducido, floreciendo allí y dando fruto cual bien logrado ingerto. Hay quien sostiene que esta imitación de lo clásico, del siglo XVI en adelante, quitó originalidad al ingenio de los españoles. Yo entiendo lo contrario, y la historia literaria viene en mi apoyo. Nuestro teatro, nuestros mejores romances, nuestra más elevada poesía lírica y nuestra más bella prosa, son posteriores al pleno Renacimiento. Posteriores son también ambos Luises, Cervantes, Tirso, Calderón y Lope. La imitación no les quitó las fuerzas y el sér propio. Es más: la imitación ya existia. Lo que puso en élla el pleno

Renacimiento fué la habilidad que antes no se empleaba. La imitación no fué mayor, sino más juiciosa y feliz, por ser ya los modelos mejor estudiados. Este estudio, por último, y esta afición á lo antiguo, sirvieron de incentivo y aguijonearon la inspiración moderna.

De todos modos, nuestra literatura, aunque rica de elementos propios, está fundada y arraigada en el clasicismo latino. Tiene además de comun con la de muchas naciones otro elemento esencial, venido de fuera: la religion cristiana. El genio peculiar de cada pueblo ha prestado después rasgos diversos á estos elementos importados, y ha creado cosas distintas; pero lo fundamental de la importación es idéntico siempre, sobre todo en los pueblos neo-latinos. El mayor ó menor valer de la cultura de cada uno dependerá, en primer lugar, del mayor ó menor valer de su genio nacional, que algo añade de su condición y naturaleza, combina los elementos y organiza el conjunto. De esta cuestión de primacía no me incumbe disertar aquí. Supongamos que los genios de los tres pueblos son igualmente activos y creadores. En tal hipótesis, no se me negará que la mayor abundancia de elementos extraños que han concurrido á formar el habla, la literatura y la civilización en general de cualquiera de los tres pueblos, ha de haber hecho esta civilización, y sobre todo esta habla y esta literatura, más ricas.

Miradas así las cosas, y comparando nuestra cultura con la de Italia y la de Francia, salta en seguida á los ojos una gran ventaja en la nuestra. En el habla y en la literatura de España entra un elemento que falta casi en los demás paises del Occidente de Europa: el elemento

oriental-semítico, traido por los judíos y por los árabes, y tal vez por los fenicios y cartagineses en más remotas edades. Pero este elemento, si en la parte léxica es algo apreciable, pues acaso cuente sobre mil ó mil y quinientos vocablos, en la sintaxis y en el organismo gramatical apenas lo es, dígase lo que se quiera. Nuestro idioma es ario, es latino, y propende á arrojar, y arroja de sí, no sólo formas, giros y frases, sino palabras semíticas. La mayor parte de las que tienen esta procedencia van cayendo en desuso ó anticuándose, y los que las miramos como primor, elegancia y riqueza del idioma, á quien prestan á la vez algo de peregrino y distinto de los otros romances, pugnamos en balde, ó por traerlas á frecuente empleo, ó por conservarlas en el habla del día. La ciencia rabínica y mahometana no pudo ejercer en la nuestra influjo superior sino en los siglos medios, durante los cuales nos hizo representar importante papel. Y en cuanto al influjo arábigo y judaico en nuestra bella literatura, bien puede afirmarse que, hasta por confesión de los más entusiastas arabistas y hebraistas de ahora, fué y es menor de lo que en otro tiempo se ha imaginado. No obstante, y aunque le quitemos importancia, es innegable que el elemento semítico, á más de que ha de formar parte de la sangre que corre por nuestras venas, ha entrado en nuestra lengua y en nuestra poesía por mucho más que en las de Italia y que en las de Francia. En cambio, Francia é Italia cuentan con un elemento más rico, más fecundo y más afín, con el cual apenas hasta hoy contamos nosotros. Este elemento es asimismo más esencial y fundamental.

La lengua latina, de donde la francesa, la italiana y la

española proceden, es tan antigua en su raíz ó más que la helénica. El origen inmediato de nuestros idiomas está en el latín, y no hay para qué ir hasta el griego. Yendo hasta el griego, pasaríamos de una rama á otra, en vez de acercarnos al tronco. Pero lo que acontece con el idioma no acontece con la literatura. En lo profano, en todo aquéllo que antes se designaba y comprendía bajo el título de *humanidades*, esto es, en todo saber, arte y disciplina, que no tienen algo de revelado y sobrenatural, Grecia es fecunda y casi única madre de la civilización europea. El mismo Lacio agreste recibió de élla todo saber, vencido y cautivo por las letras cuando la venció y cautivó por las armas. Salvo pocos gérmenes informes de indígena cultura, y salvo algo propio que pudo añadir el genio de los antiguos pueblos de Italia, griegos de origen muchos de éllos, todo fué allí imitación elegante y erudita, pero imitación al cabo, del saber helénico: epopeya, teatro, lírica, filosofía, historia, y hasta leyes.

Los helenistas españoles, sobre ser pocos, ó no tuvieron disposición para ello, ó no nacieron en ocasión propicia. Lo cierto es que su influjo y su gloria, como tales helenistas, se han encerrado dentro de límites harto mezquinos. Los más célebres lo son por otras aptitudes y trabajos. Así Arias Montano, el Brocense, Gonzalo Pérez, el Padre Scío de San Miguel, Castillo y Ayensa y Conde. El espíritu de Grecia jamás ha sido estudiado y comprendido bien en España, sino á través de sus imitadores latinos. Las huellas del helenismo son, en toda edad, más hondas en Italia y en Francia que en España. Nuestro clasicismo español rara vez ha pasado del latín. Con frecuencia se ha

contentado con estudiar á los italianos y á los franceses. Esto nos ha perjudicado mucho. No bebe agua limpia quien la toma en la derivada corriente, á la que se han mezclado el caudal de otros arroyos, y tal vez la tierra removida de los bordes, sino aquél que aplica los labios al mismo manantial de donde brota la abundante vena con pureza no turbada. Por esto, acaso, si bien nuestras letras brillan por la pompa, la lozanía y la gala de color y de adorno, carecen á menudo de aquella corrección y sobriedad, y de aquella mesura llena de buen gusto y de armonía, que en raras ocasiones obtiene el propio instinto como gratuito dón del cielo, y que suelen adquirir y poner en sus obras los que estudian, contemplan y comprenden, con amor y entendimiento de hermosura, los inmortales y casi acabados modelos de la Grecia antigua.

Este estudio, lejos de destruir la originalidad ó de menoscabarla, la ha aumentado y corroborado en Francia y en Italia, sobre todo desde principios de este siglo ó fines del pasado, dando extraordinario impulso á la lírica, gracias á la inspiración de Andrés Chénier, de Hugo Fóscolo y de Leopardi.

Lo mismo anhela hacer en España Menéndez Pelayo. Para éllo no basta, ni él posee sólo, la erudición. Nuestro nuevo compañero posee igualmente el sentido profundo de la belleza, la capacidad instintiva de percibirla y hacerla suya, y el amor que infunde. Para ser amado de las Musas es menester amarlas con amor entrañable, y él las ama. Para que éllas inicien en sus santos y dulces misterios, y muestren los recónditos tesoros que ocultan al profano vulgo, es menester vencerlas con el afecto y con la

devoción. Es menester que las Musas juzguen al mortal digno de su favor y confianza, y capaz de transplantar al suelo pátrio, con esmero y sin ajarlas, las delicadas y mágicas flores que éllas cultivan.

Lo único que para ésto tal vez falta al Sr. Menéndez Pelayo, no es falta, sino sobra. Su prontitud de comprensión y de producción le perjudica. Comprende y expresa pronto, y de aquí algún desaliño. No hay en él aún aquella escrupulosidad respetuosa, aquel detenido afán que debiera. Su Pegaso pide, más que espuela, freno.

Á pesar de estos lunares, los versos del Sr. Menéndez tienen notorio valor: hay en éllos carácter propio; y, sin dejar de ser españoles y castizos, traen á nuestra poesía nacional extrañas y primorosas joyas con que nunca ó rara vez antes se engalanaba.

Si como poeta no es popular aún el Sr. Menéndez, me atrevo á pronosticar que lo será con el tiempo. ¿Fueron, por dicha, populares desde el principio Boscán y Garcilasso? Así Menéndez, que viene á aportar un nuevo elemento á nuestra patria, tiene que ser al principio tan poco popular como éllos. Andrés Chénier goza hoy de más fama que en vida y que poco después de su muerte, á pesar de que su intervención en la política, su oda contra Marat, y su fin trágico, debieron realzar su mérito literario y acrecentar su brillo.

Y no se diga que quien en cierto modo reproduce lo antiguo, ni piensa ni siente como en el día, y que su poesía es anacrónica. La belleza de la forma es inmortal: no pasa de moda nunca; y por élla las antiguas imágenes, fábulas y alegorías, renacen y cobran juvenil frescura, y adquieren

significación más alta, cuando una fantasía valiente se hunde en el seno de las edades remotas, y de allí las trae á la vida actual y á la luz del sol que hoy nos alumbra. No de otra suerte robó Fausto del seno de las Madres á la hija de Leda, la cual apareció tan hermosa y deseable, como en el momento en que, desde los muros de Ilión, enamoraba á cuantos la veían, al ir á presenciar la lucha por su amor entre Paris y Menelao. El que tiene mente y corazón, y mira el espectáculo del mundo, de la historia en su largo proceso, y de la vida humana con sus sentimientos y pasiones, se pone en medio del raudal de los siglos y del movimiento incesante de las inteligencias, y cuanto dice es tan nuevo como puede y debe ser, aunque se revista de forma antigua, si hemos de llamar forma antigua á la forma bella.

Para mí, pues, más que por erudito, más que por gramático, más que por humanista, aunque estas condiciones le hacían idoneo para ser Académico, lo cual, no sólo es premio y distinción honorífica, sino función ó empleo, el Sr. Menéndez está aquí por poeta. Mientras que el vulgo le reconoce y proclama como tal, en lo que si tarda es por lo insólito ó inaudito de su canto, justo es que le reconozca y proclame, no la Academia Española, que no debe imponer su autoridad ni comprometerla, sino un individuo de su seno, que espera no ser desmentido, ni por el juicio de la posteridad, ni por la opinión pública ilustrada de la edad presente. Yo no le califico declarándole superior á éste ó al otro compatricio y contemporaneo suyo. Digo sólo que, si escribe con más cuidado, será más, influirá más y valdrá más en España, que en Francia Chénier y

que Fóscolo en Italia. Por lo pronto, de lo que menos carece es de inspiración. Su virtud poética, que no desmerece de la de aquellos dos ilustres extranjeros que he citado, campea y da clara razón de sí en traducciones, y también en obras propias, como la *Epístola á Horacio*, la *Epístola á sus amigos de Santander*, la *Galerna*, y, sobre todo, los versos amorosos á Lidia. Si esta dama no es fantástica, y no creo que lo sea, porque no hay dama fantástica que infunda tan verdadera pasión, bien puede andar orgullosa de haber sido cantada con ternura, elegancia, sencillez y primor que rara vez se emplean.

Del género de estudios y gustos del Sr. Menéndez Pelayo han salido ciertas opiniones que forman sistema: algo como embrión de una filosofía de la historia. Para cifrar este sistema en una palabra, me atrevo á inventarla, aunque sea larguísima, y le llamo el *pan-greco-latinismo*. La soberbia de ingleses, franceses y alemanes, el desdén con que miran en el día á los pueblos del Sur de Europa, considerándolos irremisiblemente decaidos, cuando no radicalmente inferiores, y la conformidad ruín con este desdén de muchos sugetos descastados, que desprecian la tierra y la casta de que son por seguir la corriente y mostrarse como rarísima excepción de la regla, han contribuido también, por espíritu de protesta, á que el Sr. Menéndez se haga *pan-greco-latino*. El abatimiento, el desprecio de nosotros mismos ha cundido de un modo pasmoso; y aunque en los individuos, y en algunas materias, es laudable virtud cristiana, que predispone á resignarse y á someterse á la voluntad de Dios, en la colectividad es vicio que postra, incapacita y anula cada vez más al pueblo que le adquiere.

Por reacción contra este vicio ha nacido en el alma del Sr. Menéndez cierto injusto y airado desdén hacia los pueblos del Norte, y sobre todo hacia los alemanes, cuyos sabios, dicho sea de paso, son los que mejor nos tratan, los que más nos estiman, y hasta los que más á fondo conocen ya al Sr. Menéndez, y le celebran, y llegan á reirle como gracia paradoxal é ingeniosa, y como sátira aguda, la crueldad con que suele tratarlos. Ha nacido también en el Sr. Menéndez la creencia de que los pueblos del Mediodía de Europa son los hierofantes de la humanidad, la raza civilizadora por excelencia: siendo extraño que coincida hasta cierto punto en tal creencia con un alemán y con un impío. Haeckel supone que las gentes *alalas, antropiscas* y negras como la tizne, que salieron en manadas de la Lemuria y del centro de África, no se hicieron parlantes, discretas y progresivas, hasta que pisaron las orillas de este sagrado mar Mediterraneo, cuyo litoral y cuyas islas han creado las nobles castas que han traido la cultura, la libertad y el progreso, las cuales castas, antes de poner la hermosura en el mármol inerte y frío, la han puesto en sus mismos individuos, blanqueándoles la piel, afilándoles la nariz, y haciéndolos *euplocamos*, esto es, quitándoles las pasas ó los cabellos lacios, y rizándoles natural y lindamente el pelo. Lo cierto es que las regiones de Europa que el Mediterraneo baña con sus ondas, y particularmente las tres penínsulas que avanzan en su seno, la tierra de Pelops y ambas Hesperias, son para el Sr. Menéndez la patria de la inteligencia, el foco de donde toda la civilización sana, fecunda y alta, ha irradiado y se ha difundido por el mundo.

Todo otro foco de civilización, ó vive de reflejo y de empréstito del legítimo foco, ó, si tiene y vierte luz propia, es bastarda y deleterea.

Nace de aquí el amor, nace de aquí la devoción fervorosa que consagra el Sr. Menéndez al gentilismo helénico; y nace también de aquí su intolerante catolicismo desde que empieza la edad moderna. Desde entonces el señor Menéndez pone sobre todo el sér de católico. Nada bueno hay que no informe y funde esta religión. La Reforma luterana es un retroceso: algo, en lo espiritual, como lo que la invasión de los bárbaros y la caida del Imperio Romano fueron en lo temporal siglos antes. El predominio de la filosofía alemana, en época más reciente, fué otra invasión no menos funesta contra el imperio filosófico de los pueblos latinos.

Con independencia de su sistema, y por cima de él, quizá estará en el alma del Sr. Menéndez la fe religiosa. No me incumbe tratar aquí de élla ni examinar sus quilates. Baste la afirmación, para mi propósito de bosquejar un retrato literario, de que el ardiente catolicismo del señor Menéndez cuadra y se ajusta con su sistema.

Asimismo se ajusta con él la constante preocupación del Sr. Menéndez de incluir en libros y discursos, como parte de España, todo lo que á Portugal pertenece. Para el Sr. Menéndez el genio de Portugal es el mismo que el de España. La ciencia y la literatura españolas no se comprenden por completo sin contar con las de Portugal. Por esto, en el libro del Sr. Menéndez sobre la ciencia en nuestro país, en su *Historia de los heterodoxos*, y en la obra titulada *Horacio en España*, que, bajo tan modesto epígrafe,

es una excelente historia crítica de nuestra poesía lírica, entran sabios, heterodoxos y poetas portugueses.

En el concepto de Historia universal de nuestro joven compañero, Grecia se adelanta y funda el saber de Europa, en cuanto tiene de humano. Italia une luego á las naciones, les da lenguaje y leyes, las prepara para recibir el Cristianismo, y después, en nombre del Cristianismo, sigue civilizándolas y gobernándolas durante los siglos medios. El papel de España, esto es, de Aragón, Castilla y Portugal, no es, por último, menos brillante.

Hecha ya por Grecia é Italia la educación de Europa, españoles y portugueses, como si la Providencia hallase estrechos los límites de nuestro continente para encerrar tan gran civilización, y á fin de ensancharlos ó borrarlos los suscitase, abren caminos á distantes, inmensos é ignorados paises; descubren otro mundo en que difundirla, y la acrecientan á la vez, poniendo la base de toda ciencia ulterior en el concepto del planeta que habitamos, magnificado y completo por el arrojo é inteligencia de nuestros gloriosos navegantes. Éstos, al descubrir la América, nos dan asimismo idea experimental de las sociedades primitivas; y al visitar el Asia, nos ponen en contacto con las antiquísimas civilizaciones y sociedades del extremo Oriente, preparando la mente humana para que, así como ha agrandado en el espacio el mundo conocido, haga retroceder el término de lo no explorado en el tiempo. Nuestros misioneros, además, son los primeros importadores de idiomas, poesía y saber de los pueblos asiáticos y americanos, y, sobre todo, de chinos, japoneses y arios de la India oriental, por donde ensanchan el horizonte de los co-

nocimientos europeos, siembran la semilla de no pocas ciencias nuevas, como la etnografía y la lingüística, y enriquecen con exóticos elementos nuestra imaginación y nuestras artes.

La parte de España en empresa tan noble casi es superior á la de Grecia y á la de Italia, si sólo se atiende al primer impulso; pero el predominio de España es efímero. Su poder y su virtud pasan á otros pueblos. Lo que España empieza, Francia, Inglaterra y Alemania lo prosiguen y lo llevan hasta el punto que alcanza hoy. Éllas realizan la ciencia experimental que nosotros inauguramos; del conocimiento de este planeta, pasan éllas al más completo conocimiento del sistema solar y del universo todo; y éllas esclarecen y divulgan, con método, precisión y copia de datos, el habla, las artes, la religión y la filosofía de los iranios, brahmanes y demás pueblos del Asia que nosotros visitamos antes. El imperio material pasa á sus manos también. La raza inglesa prevalece en América sobre la española, y se enseñorea de la India. Por el centro del Asia se abren paso y llevan la civilización los rusos.

Nuestra primacía fué corta. En todo nos sucedieron; de casi todo nos despojaron los pueblos del Norte.

Si fuésemos á investigar aquí las causas de esta rápida decadencia, el Sr. Menéndez y yo estaríamos muy discordes. Para mí, la causa fué el fanatismo unánime (la unidad de fanatismo) que en hora mala se apoderó de nosotros. Los otros pueblos no eran quizás menos fanáticos; pero como el fanatismo tomó entre éllos diversas y opuestas direcciones, los hombres de distintas sectas se combatieron unos á otros, y, no pudiendo destruirse, se allana-

ron á vivir en paz: primero á tolerarse, y después á tener la libertad, fuente y condición de todo progreso. En España, en los siglos XVI y XVII, merced á lo casi unánime de las creencias, no hubo guerras civiles religiosas, ni tanta sangre derramada; pero hubo una compresión larga y continua, que acabó por marchitarlo y matarlo todo. Si personificásemos á las naciones, yo me fingiría á Inglaterra, Francia y Alemania, en medio de sus furores religiosos, como á tres matronas, que caen enfermas con fiebre agudísima, acompañada de violento delirio y de todo linaje de perversas erupciones, pero que al fin sanan, convalecen, desechan el mal humor, y se ponen más robustas que nunca; y á España me la representaría como á otra matrona, que no tiene más que una calenturilla lenta y suave (no puede hacerse más benigna apología del régimen inquisitorial), pero esta calenturilla persiste tan tenaz y tan sin tregua, que estraga la salud de la matrona, y la enflaquece y desmedra, hasta que acaba por parecer un esqueleto. Así España al terminar la vida y el reinado de Carlos II. Verdad es que florecieron, en medio de aquel fanatismo, las letras y las artes; pero á la manera del tronco de un árbol, si se cubre de enredaderas, hiedra y otras plantas parásitas, parece más verde, lozano y vistoso, hasta que, oprimido por aquello mismo que tanto le adorna, se seca y se consume.

En aquella virtud que nos animaba y engrandecía, iba el germen corruptor que había de perdernos. El Sr. Menéndez Pelayo, con todo su ingenio y erudición, no nos demostrará que, en medio del resplandor de nuestras artes y amena literatura, no acabásemos por ser inertes para

toda alta cooperación científica, y ciegos y sordos para ver y oir el movimiento de las ideas y el extraordinario progreso de aquellos siglos.

Si de ésto se tratara, nuestros discursos serían una controversia. El mío sería, ó procuraría ser, la más completa refutación del de nuestro joven compañero.

Por fortuna, el Sr. Menéndez ha elegido asunto dentro del cual estamos en perfecto acuerdo. No me toca más que ampliar ó comentar ligeramente lo que él dice, corroborando sus afirmaciones.

En medio de aquella tiranía mental de los siglos XVI y XVII, cuando la razón de Estado y el fanatismo unánime, fiero sufragio universal, se aunaron para obligar á todos los españoles, á las vencidas minorías, á que creyesen, pensasen y sintiesen lo mismo, haciendo embusteros ó hipócritas, ó matando toda iniciativa de pensamiento, algo que está por cima de toda ley se eximió de la tiranía, y allí fué el hombre plenamente libre y dueño de sí: *sus fueros, sus bríos; sus pragmáticas, su voluntad*. En la práctica, este templo, este asilo, donde custodiaba el hombre lo que ahora llamaríamos sus derechos individuales é ilegislables, era la honra. El Rey era señor de vidas y haciendas. Podía matar y podía confiscar. En lo temporal, la Majestad humana era omnipotente, como en lo eterno la Majestad divina; pero la honra se sustraía á su pleno poder. Como dice el poeta español, espejo de su siglo, el poeta español por excelencia entonces, la honra

Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.

De la misma suerte, en lo especulativo, en la esfera del pensamiento, por cima del discurso, del raciocinio y de otras facultades, hay una potencia sublime, intuitiva, la inteligencia simple, que, movida por el entusiasmo, y alzándose en alas del amor, busca en el alma misma, donde hay campos sin término en que explayarse, lugar sacratísimo en que ser libre y soberana. Allí, en el centro del alma, adecuado y único trono de esa elevadísima potencio suya, asiste Dios, y allí el alma le halla, y, por inefable misterio, se transforma en Dios, sin dejar de ser el alma individual humana. Los espíritus libres de los españoles de aquella edad, huyendo de la compresión, tal vez sin darse cuenta, buscaban este refugio. Tal vez la misma compresión en que gemían les prestaba más fuerza, más alcance y más certera dirección para penetrar y ahondar en los abismos de la mente, como la bala que, mientras más forzada está dentro del tubo de hierro que la oprime, sale más rectamente disparada, y va más lejos, no bien la pólvora se inflama, dilata el aire y la empuja. Por esto la primera calidad que distingue al misticismo español, es la de ser más intenso y penetrante que los otros. Vuela y ahonda más, y se extravía menos. Se diría que toda la serena claridad del espíritu se guarda para él. Como hábiles acróbatas que fuesen por cuerda sutil, extendida sobre precipicios espantosos, así van nuestros místicos, llenos de confianza y denuedo, á buscar á Dios, á unirse con él, á poseerle y á ponerle en todo lo creado, sin caer en el panteismo *egoteista* ó sujetivo, y sin quitar á Dios la personalidad, endiosando la naturaleza. La realidad del Universo, la responsabilidad de nuestros actos, nuestro sér individual, nuestro li-

bre albedrío, todo queda á salvo, hasta en los momentos de más íntima unión del Criador y de la criatura. Nuestros grandes místicos jamás tienen el egoismo negativo é inerte de los de otros paises, en quienes el alma se aniquila, se pierde en la infinita esencia, y, absorbida en el Sér, en el Sér se reposa y aquieta como en la Nada. En nuestros grandes místicos sólo en un instante inapreciable puede haber aparente aniquilamiento, completa efusión de lo finito en lo infinito. El metal en la fragua parece fuego y no metal; pero sale de allí mejor templado y con propiedades de instrumento idoneo para mil operaciones útiles. Así también el alma de nuestros místicos sale de su unión con Dios más hábil é idonea para la vida activa. Y no se enfría como la herramienta cuando sale de la fragua, sino que guarda en sí aquel fuego de amor divino, y en todo le pone. Dios no la abandona. El alma sigue llena toda de Dios, después que una vez le ha poseido, y le lleva y le siente en su centro, y le siente además en todos los seres, así semejantes suyos como no semejantes, animados é inanimados. Y este fuego, que saca el alma y que no pierde, es fuego de caridad, es el amor por amor de Dios, que vence en violencia y en útil actividad á todo otro amor de fundamento profano. Sin creer el alma que todo es Dios, cree que todo está en Dios, y que Dios está en todo, y lo respeta y lo ama todo, y aun en cierta manera lo adora como divino. Nada hay feo, ni deforme, ni inmundo. El sentimiento de la presencia divina hermosea la fealdad y limpia la material impureza, prestándoles aquella expresión que Murillo y Zurbarán sabían dar á sus frailes más rotos, sucios y demacrados.

En lo práctico de la vida se refleja este misticismo generoso, y produce maravillosas obras. Así nuestros misioneros y fundadores, entre los que descuellan Juan de Dios, Antonio de Padua, José de Calasanz, Iñigo de Loyola y Francisco Xavier, apóstol de Oriente. Estos hombres, que la Iglesia pone en el número de los Santos, y la más descreida filosofía no puede menos de contar entre los más ilustres bienhechores del humano linaje, no van sólo á difundir por el mundo la fe cristiana y á enseñar la religión á las gentes, sino á enseñarles también todas las artes, toda la superior civilización de los pueblos de Europa. Y en tan gigantesco propósito, que tanto ha influido en el progreso de la humanidad, divulgando nuestro saber entre los pueblos bárbaros y salvajes, y trayendo de éllos á Europa cumplida noticia de sus lenguas, ideas, costumbres, usos y leyes, nadie se ha señalado más que la Compañía de Jesús, creación del genio español, y una de sus mayores glorias. Los que yo juzgo extravíos de la Compañía, su guerra declarada al espíritu del siglo y su lastimosa alianza con los hombres del régimen absoluto, que tan tiránico y feroz fué contra élla en el siglo pasado, no han de impedirnos que en su empezar la ensalcemos. Para ponderar sus pacíficas y civilizadoras conquistas, que aun en vida de su fundador llegan á los últimos términos de la tierra, no hay en la historia real encarecimiento que satisfaga; y tenemos que apelar, á fin de hallarle, á la fábula vetustísima de la expedición triunfante y benéfica de Osiris.

Fundamento de todo ello fué el misticismo español, tan penetrante y tan hondo, y del cual sale el alma muy infla-

mada de caridad, y muy apta y alerta para las luchas de la vida. Y no se entienda que sólo al llegar el alma á la perfección que anhela pasa de la contemplación á la actividad y es útil al prójimo. Antes al contrario, durante toda su peregrinación, la actividad exterior es necesaria, y en esto se distingue la mística ortodoxa de otros misticismos que requieren ó recomiendan la inercia. Es cierto que entre la vida activa y la contemplativa, Cristo prefirió la contemplativa, diciendo que *María escogió la mejor parte;* pero al decir *la mejor parte,* dió á entender que la vida consta de pensamiento y de acción, y así la vida mixta, que abraza lo más perfecto que hay en la acción y en la contemplación, es la que nuestros autores ponen por cima de las otras, sosteniendo que la contemplación no llegará nunca á ser perfecta, si el amor de Dios, que en élla se emplea y ejercita, no se difunde también en utilidad de nuestros semejantes. De aquí que para distinguir la contemplación de buen espíritu de la falsa ó de espíritu malo, haya una regla general infalible, dada por el divino Maestro: *Por los frutos se conocen los árboles donde nacen.* La piedra de toque, pues, que sirve de contraste y aquilata la bondad de la vida contemplativa, está en las obras. Y no ya en la mera contemplación, pero ni en los grados más altos de este ascenso del alma hácia el Sér divino, la actividad y las obras se perdonan; antes, mientras más señalados son los dones del cielo, hasta cuando se descorre el velo de la fe y viene á haber como un rompimiento de los muros de esta cárcel en que vivimos, y el alma ve cara á cara al Bien infinito y se une á él con abrazo indisoluble, no es para que se aquiete y descanse en tanto regalo, sino para que tome

fuerzas y prodigue en bien del prójimo todas las virtudes, sin lo cual el alma, á pesar de los favores recibidos, quedaría desmedrada y con corto merecimiento, y por lo mismo que ya ha recibido favores, sería, con justicia, tildada de ingrata.

Por otra parte, la contemplación, la visión intelectual infusa, el punto más sublime á que puede llegar el alma durante nuestra vida mortal por esta senda mística, no puede durar más que un pequeño momento, como si de repente se abriera la secretísima puerta del abismo del alma y su luz la inundase é iluminase, y viese élla las cosas todas con tal claridad, como si en la propia esencia divina las viera. Y esta visión, aunque pasa, queda esculpida en la memoria, y deja tan ilustrada al alma, y con tales deseos de merecer nuevos favores, que la guía y la induce á hacer obras para merecerlos de nuevo y agradecer los ya recibidos.

Otra excelencia avalora también nuestro misticismo. El esfuerzo poderoso de la voluntad para buscar á Dios en lo más íntimo, en el ápice de la mente, lleva al alma á observar y penetrar sus ocultos senos, como los psicólogos más pacientes y sutiles tal vez no lo hacen: por donde se halla con frecuencia, por propedéutica de la mística, una aguda psicología, un estudio claro del *yo*, con todos sus afectos, facultades y propensiones.

El misticismo, sin embargo, tiene siempre inconvenientes y peligros gravísimos, y en España los tuvo mayores porque fué mayor que en otros paises, viniendo á degenerar y á corromperse pronto, como toda nuestra cultura. Los medios de llegar por él á la perfección son la voluntad

y la inteligencia; pero la inteligencia no va lentamente analizando, deduciendo y raciocinando, sino que, arrebatada por el amor, se remonta á la intuición de un vuelo, y alcanza, ó cree alcanzar, la verdad en el éxtasis y en el rapto. De aquí que cualquiera persona, por simple é ignorante que fuere, podrá aspirar á la unión con Dios, guiada sólo por el afecto fervoroso.

De aquí el abandono de la observación paciente de los fenómenos, la inacción del natural discurso en la tarea de averiguar las causas, la calificación del pensar de *funesta manía*, y el abuso y la perversión de aquella sentencia, tan hermosa si se interpreta y se aplica bien, de que los que no son simples por naturaleza, deben serlo por gracia.

Otros grandes escollos del misticismo hicieron zozobrar también la nave del ingenio español.

El alma que busca á Dios en su centro debe apartarse y aislarse de los sentidos, borrar las impresiones que por éllos recibe, desnudar la memoria y hasta despojar de imágenes la interior fantasía, para que la inteligencia pura, en toda su admirable simplicidad, vea á Dios y como que se compenetre y confunda con él. Larga y fatigosa es la vía que tiene que hacer el alma para llegar á este término, si término puede llamarse lo que en realidad no le tiene. Para nuestros místicos ortodoxos, que jamás caen en el panteismo, no es posible que el alma se transmute en la divina naturaleza, aunque participe de élla, por donde á los que á tan alto grado suben los llaman deiformes ó transformados en Dios. Y en esto, por la intensidad, por la duración, y por la mayor ó menor plenitud de la gracia, de la caridad y demás dones con que la participación

se hace, hay grados y excelencias hasta lo infinito, que los místicos, en su sutilísima y profunda ciencia, declaran y clasifican como pueden. De todos modos, aun para llegar al más ínfimo de estos grados, aun para llegar, valiéndonos de las expresiones figuradas de que los místicos se valen, á besar, como la Magdalena, los piés de su Redentor divino, el alma tiene que hacer muy larga peregrinación, durante la cual el amor la conduce; pero el amor puede extraviarla, y, aun antes de extraviarla, causarle una enfermedad ó dolencia, si muy sublime, muy peligrosa también, porque el alma, atacada de mal de amores, se ve como pendiente entre la tierra y el cielo; desdeña ya las cosas terrenales, que le dan fastidio, y no logra todavía comprender ni gozar las divinas. Tal situación es de mucho peligro, porque en élla el alma puede fijarse en algún sér creado, y consagrarle toda la adoración que para Dios lleva consigo. Tal vez así se explique el amor refinado y metafísico por la mujer, la idolatría del caballero por su dama y la del poeta por la beldad que inspira sus cantares; lo cual, aunque nos hechice y aunque lisonjee á las mujeres, no es sino aberración y herejía del misticismo legítimo y ortodoxo. Es más; como entre los pueblos antiguos, aunque en todos hubo misticismo, apenas se halla rastro de este amor idólatra á las mujeres, ni tampoco se halla en los primeros siglos de la era cristiana, yo me inclino á pensar que en la creación de este misticismo galante entró por mucho la veneración supersticiosa de celtas y de germanos hacia las mujeres, influida y hermoseada luego por doctrinas católicas. Tal vez el elemento céltico tenga más parte que el germánico en la creación de esta bella y sin-

gular herejía, donde la mujer amada es como diosa para el caballero ó poeta que la sirve, á quien se encomienda de todo corazón, por quien hace penitencia; á quien debe, ó cree deber, la valentía de su ánimo, el esfuerzo de su brazo y las altas inspiraciones de su ingenio; á quien consagra su vida y rinde culto; por quien tiene devoción y verdadera religión, y de quien dice, no por encarecimiento poético, sino con todas veras y con toda la trascendencia de la frase, lo que Calisto de Melibea cuando le pregunta Sempronio si es cristiano:—«Yo melíbico soy, é á Melibea adoro, en Melibea creo, y á Melibea amo.»—Esta mística adoración de la mujer tiene por un lado extraordinarias bellezas, no sólo poéticas, sino morales. Élla inspiró, sin duda,

Al dulce vate, de caliope labio,
El que al amor desnudo en Grecia y Roma,
De un velo candidísimo adornando,
Volvió al regazo de la Urania Venus;

pero, por otra parte, no está bien que de la exaltación apasionada por un sér finito y perecedero se haga fundamento de toda hazaña y de toda obra buena. Así la mujer amada viene á ser como símbolo, alegoría ó personificación visible de la misma divinidad ó de alguno de sus atributos. La mujer amada es la fuente de la gracia, la dispensadora de la bienaventuranza, la creadora de toda virtud. «Sus ojos, dice Dante de Beatriz, llueven llamitas de fuego, animadas de un espíritu tan gentil que crea todo buen pensamiento.» Naturalmente de esta elevación de la

pasión humana amorosa, hasta una potencia y un valor divinos, nacen mil ricas ideas; pero también suelen nacer otras altamente perturbadoras é inmorales. La relación entre dos que de tal suerte se aman está por cima, ora lo disimulen unos, ora otros lo dejen entrever, ora otros lo declaren con franqueza, de todo lazo social y religioso. Se diría que un sacramento más alto invalida ó anula el vínculo que la ley civil ha formado y que la religión positiva ha santificado. El amor místico á la mujer no respeta nada. Los prototipos de este amor, en la Edad Media, celebrados por todos los trovadores y cantados en todas las lenguas de Europa, fueron Lanzarote y Ginebra, y Tristán é Iseo, llegando, en la última historia amorosa, á ponerse el cielo en contra del marido agraviado y en favor de los malogrados amantes, sobre cuyos unidos sepulcros nace un maravilloso rosal, siempre cubierto de blancas rosas. Y no se diga que en la mayor parte de los casos este amor es tan sin malicia y tan del espíritu que no ofende ni mancha. Ciertamente el conde Baltasar Castiglione, en su *Cortesano,* describe este amor con suma elocuencia y filosofía, llamándole amor virtuoso, para distinguirle del amor vicioso; pero, en gracia de la misma virtud del amor, da anchuras á sus límites, en mi sentir extremadas, llegando á consentir cosas al virtuoso que al vicioso en manera alguna concede, pues afirma que la dama, «por contentar á su servidor en este amor bueno, no solamente puede y debe estar con él muy familiar, riendo y burlando, y tratar con el seso cosas sustanciales, diciéndole sus secretos y sus entrañas, y siendo con él tan conversable, que le tome la mano y se la tenga, mas aun puede llegar,

sin caer en culpa, por este camino de la razón, hasta besalle». Y, para cohonestar tan grato y amplio permiso, trae una singular teoría del beso, suponiéndole de todo punto espiritual en los que andan divinamente enamorados. El razonamiento de Castiglione no me convence, á pesar de aquel testimonio de Platón con que le ilustra y trata de probar que el beso es unión de almas, ya que á Platón se le vino la suya á los dientes una vez que besó á su amiga; pero, aun cuando el razonamiento me convenciera, todavía la adoración galante y sacrílega entre dos seres humanos, aunque tenga más brillante poesía, no la tendrá tan sólida y sana como el afecto natural de la esposa á su esposo, el santo cariño del hombre á la madre de sus hijos, y el respeto que inspira la honrada y virtuosa matrona. Por otra parte, esta idolatría alambicada de la mujer casi siempre se opone á la conveniente y recta estimación que es justo que de élla se tenga. Donde el misticismo la endiosa en sus fugaces arrobos, las almas, que no todas suelen arrobarse, ó que no están arrobadas de continuo, la menosprecian y denigran. No hay el justo término medio, ni el puesto digno que debe ocupar la noble compañera de nuestra vida, quien no es divinidad, pero no es vil esclava; quien no es *breve cielo,* pero tampoco es *lodo inmundo.* Cornelia, Octavia y Porcia, jamás fueron amadas místicamente por sus maridos. El Cid y García del Castañar tampoco aman místicamente á sus mujeres. Por eso son éllas más respetables y simpáticas que la mayor parte de las damas de Calderón, en las que se advierte que el amor que inspiran, cuando no es feroz y salvaje, como en *No hay cosa como callar,* es tan pasado por alam-

bique, que se evapora la verdadera pasión, y sólo quedan en el fondo de la retorta, ergotismo escolástico, discreteos y sutilezas.

Otras varias corrupciones ha habido también en el misticismo de España. Tal místico no ha sabido libertarse de la baja sensualidad, y la ha puesto en sus altos amores; tal otro, á fin de tener libre el alma de esta sensualidad, la ha satisfecho, como quien se aligera de un peso incómodo para su peregrinación en busca del bien infinito; y tal otro, en vez de amarlo todo por amor de Dios, lo ha aborrecido todo: de donde el menosprecio de cuanto hace grata la vida, apacible y amena la sociedad, y más hermosa, ó si se quiere menos fea, nuestra forma temporal en este globo que habitamos. Fuerza es confesarlo: el desaliño, la zafia rustiqueza y el más asqueroso desaseo, han sido á menudo prendas de los místicos. Esto ha trascendido al desenvolvimiento total de España, la cual ha descuidado sus intereses, su industria y las artes de lujo y deleite, y ha caido ó ha vivido siempre en pobreza, con relación á la material prosperidad de otras naciones.

En el amor de Dios no hay el exclusivismo de donde nace la rivalidad. El místico ama á Dios mientras más señales ve en las criaturas de que por Dios son amadas. Lejos de tener celos, lo que desea es que todas las criaturas le amen y le adoren y alcancen su gracia; pero á veces, de estas finezas del amor á objeto tan soberano proviene en los místicos, y singularmente en los españoles, una pasión deplorable: los celos, en nombre de Dios y por Dios, de toda infidelidad que sus adoradores puedan hacerle; el afán de vengar esta ofensa y de castigar este adulterio que

el alma humana extraviada é infiel hace á su Esposo y Redentor divino. De esta suerte, y por espantosa contradicción, en las puras llamas de la caridad suele encenderse el furor de la más cruel intolerancia, y aun llegar á prenderse fuego á las hogueras, en que, renovando el culto de Moloch, hemos quemado vivos á nuestros hermanos.

Por esta levadura de corrupción vino en España á degenerar, en la práctica, el misticismo, hasta parar á fines del siglo pasado en el lascivo desenfreno de la beata Dolores, y en el siglo presente en los ridículos y falsos milagros de alguna monja vulgar y trapacera.

El influjo del misticismo en nuestra poesía ha sido grande, si bien no ha dado el misticismo exclusivo asunto á otro género que no sea el lírico. El Sr. Menéndez ha deslindado la diferencia que hay entre la poesía devota, religiosa y ascética, que es abundante en nuestro país, y la puramente mística, que es poca.

Ésta ha florecido, en los siglos medios, entre los judíos de España, sin librarse casi nunca de la nota de panteismo, pero elevándose á la mayor sublimidad, como en Ibn Gebirol, por ejemplo.

Extraño es que entre los mahometanos españoles no se hayan encontrado aún ni rastros de misticismo en verso, siendo, como son, tan místicos Ibn Tofail y algunos otros filósofos y prosistas.

En cuanto á nuestra poesía mística cristiana, ya el señor Menéndez ha hecho de élla interesante historia en su bello discurso. ¿Qué podré yo añadir?

Casi todos nuestros poetas, y muy especialmente en los siglos XVI y XVII, edad de oro de nuestra literatura, han

escrito rimas sacras, romances á lo divino, canciones, glosas, letrillas, villancicos y otras clases de versos devotos. Los cancioneros y romanceros espirituales contienen preciosas joyas; pero en éllas no hay, por lo general, misticismo. Sin embargo, el influjo del misticismo se revela allí con frecuencia en cierta santa familiaridad y en cierta intimidad entrañable con las cosas divinas, como de personas que las aman, que de continuo las tratan, y que las llevan muy arraigadas en el corazón. De aquí que á veces, no en los versos pulidos y artificiosos, no en los escritos por el estilo más elevado, sino en las letrillas villanescas y en los romancillos pastoriles, entre el candor y la sencillez de la frase, y á través de la rústica y casi infantil naturalidad de imágenes y pensamientos, se note dulce sabor como de bienaventuranza, crea respirar el alma y hasta inundarse en ambiente del cielo, y columbre súbitas iluminaciones de algo á modo de ciencia infusa, con arranques maravillosos que la transportan á lo más encumbrado del pensar y á lo más hondo del sentir. Tales efectos no pueden menos de producirse hasta en la mente de sujetos descreidos, si estos sujetos entienden y saben penetrar la poesía, al leer el romancillo de Lope que empieza:

Estábase el alma
Al pié de la sierra,
Del humano engaño
Perdida y contenta;

la canción que tiene por estribillo

Cantad, ruiseñores,
Á la alborada,
Porque viene el Esposo
De ver al alma;

y muchas composiciones más que pudiéramos citar de Damián de Vegas, de Fr. Ambrosio Montesino, de Valdivielso, de Gregorio Silvestre, de Luis de Ribera y de otros.

Tampoco Fr. Luis de León, aunque siempre religioso, es poeta místico sino por momentos. Su inteligencia se extendía sobre todos los seres, y su lira tenía todos los tonos. El sentimiento de la naturaleza era en él muy vivo. Su hermosura le enamoraba, y en élla buscaba á Dios, como si élla fuera el espejo en que Dios se mira y el inmenso hieroglífico donde se revelan los misterios de su bondad y de su poder para el que sabe leerle. Así es que fray Luis busca á Dios por efusión del alma en lo creado; rara vez le busca por introversión, hundiéndose en su centro. La más propia inspiración de Fr. Luis se cifra en el título de una de sus odas, que dice: *En loor y honra de Dios, nuestro Señor, tomando ocasión de las criaturas.*

¡Ay orbes celestiales,
Cuán bien me da á entender vuestra figura
Los rayos divinales,
La gloria y hermosura
Que tiene el gran pintor de esta pintura!

En Fr. Luis hay mucho de objetivo para ser místico;

más bien es teósofo. Es asimismo un vate asceta y penitente; pero en su penitencia, en su mortificación, halla una paz santa y sublime, una tranquilidad digna sólo del sabio, y un noble y fecundo reposo, que hacen el principal hechizo de sus versos:

No busca los favores
Que al ambicioso traen desvelado
En casas de señores,
Mas antes retirado
Goza su suerte y su feliz estado.

—

No tiene desconsuelo,
Ni puede entristecerle cosa alguna,
Porque es Dios su consuelo;
Ni la varia fortuna
Con su mudable rueda le importuna.

—

La casa y celda estrecha
Alcázar le parece torreado,
La túnica deshecha
Vestido recamado
Y el duro suelo lecho delicado.

—

El cilicio tejido
De punzadoras cerdas de animales,
Que al cuerpo trae ceñido,
Aparta de él los males
Que causa el ciego amor á los mortales.

—

La disciplina dura
De retorcido alambre le da gusto,
Pues cura la locura
Del estragado gusto,
Que huye á rienda suelta de lo justo.

Por lo demás, mezclada siempre con el acetismo cristiano y con el vivo sentimiento amoroso por la naturaleza, reluce en Fr. Luis la plácida serenidad del sabio antiguo, algo de la soberbia independencia del estoicismo gentílico, si bien templado por la mansedumbre cristiana:

Dichoso el que jamás ni ley, ni fuero,
Ni el alto tribunal, ni las ciudades,
Ni conoció del mundo el trato fiero;
Que por las inocentes soledades,
Recoge el pobre cuerpo en vil cabaña,
Y el ánimo enriquece con verdades.
Cuando la luz el aire y tierras baña,
Levanta al puro sol las manos puras,
Sin que se las aplomen ódio y saña.
Sus noches son sabrosas y seguras;
La mesa le bastece alegremente
El campo, que no rompen rejas duras.
Lo justo le acompaña y la luciente
Verdad, la sencillez en pechos de oro,
La fe no colorada falsamente.
De ricas esperanzas almo coro
Y paz con su descuido le rodean
Y el gozo cuyos ojos huye el lloro.

En muchas ocasiones tal vez se trasluce algo de misticismo; pero, ya mezclado con la moderación en los deseos propia del sabio antiguo, ya con el orgullo noble del filósofo; por manera que no se acierta á distinguir bien cuáles han sido las verdaderas fuentes de su inspiración, ó si todas éllas han mezclado sus raudales y han entrado con ímpetu y de consuno en el corazón del poeta para dar sér á sus mejores estrofas. Así, por ejemplo, cuando dice al tirano que le amenaza con hierro y fuego, tal vez á la Inquisicion que le perseguía:

¿Qué estás? ¿No ves el pecho
Desnudo, flaco, abierto? No te cabe
En puño tan estrecho
El corazón que sabe
Cerrar cielos y tierra con su llave.

Y como ejemplo de moderación:

Quien de dos claros ojos
Y de un cabello de oro se enamora,
Compra con mil enojos
Una menguada hora,
Un gozo breve que sin fin se llora.

—

Dichoso el que se mide,
Felipe, y de la vida el gozo bueno
Á sí solo le pide,
Y mira como ajeno
Aquello que no está dentro en su seno.

Sin embargo, si hemos de creer al P. Fr. Juan Bautista Lisaca, una composición en redondillas, titulada *Estímulo del Divino Amor*, es obra de Fr. Luis, y, en este caso, fray Luis ha escrito algo completamente místico. El crítico que en 1782 publicó la segunda edición de *Los grados del amor de Dios*, del citado Lisaca, donde el *Estímulo* va incluido, halla en esta composición algunas puerilidades, y, aunque sólida doctrina, un modo de verterla zonzo, frío y cansado; pero, á mi ver, se deja arrastrar de las preocupaciones literarias de su época al formar tan duro juicio. El *Estímulo* tiene mérito, sea ó no de Fr. Luis, y quizá en los defectos que el crítico nota estriben sus mayores bellezas, porque lo natural y lo espontaneo del estilo hacen resaltar la grandeza del asunto. No puede negarse, por eso, que el prosaismo y la sequedad deslucen hartos aciertos y primores, y afean en parte el *Estímulo*, así como afean los muchísimos versos con que el P. Lisaca adorna sus *Grados del amor de Dios*, lo cual consiste, en mi sentir, en que aquellos poetas iban ceñidos á la ciencia por el miedo de extraviarse, definiendo y explicando con rigor dialéctico, encadenada y medrosa la imaginación, abatido el vuelo del entusiasmo, y sus alas oprimidas por la pesadumbre de doctrinas, minuciosamente determinadas ya, y de que no era lícito apartarse. ¿Qué atrevimientos dichosos no hubieran tenido, á qué esferas no se hubieran elevado nuestros místicos, exentos de este temor? Aun así, no pocos, sobre todo en el siglo XVI, tuvieron dichosos atrevimientos, y alcanzaron peregrina originalidad en verso y prosa. Entre todos, y concretándonos al verso, descuella el amigo de la admirable Doctora Santa Teresa, su predilecto

hijo espiritual, San Juan de la Cruz, dechado de perfección en este género. Toda la mística teológica está cifrada en los versos de este divino poeta; y aunque el Sr. Menéndez haya dicho bastante de él, puede añadirse muchísimo más, y algo añadiré yo, seguro de que asunto tan extenso, tan grave y tan alto, no se agota; ni puede cansar, como no sea por la impericia pecadora del que en esta ocasión le trata y expone.

Si hubiéramos de juzgar sólo los versos de San Juan de la Cruz por su sentido literal y por la belleza de la forma, pronto estaría acabada nuestra tarea. Los versos son bellísimos hasta por su sencillez, y los mejores, á modo de idilio ó égloga, donde el Esposo y la Esposa, enamorados ambos, entienden y hablan dulcemente de sus amores; pero bajo la corteza de esta linda alegoría, donde pone el poeta todas las galas de la poesía oriental, y hermosos cuadros y pinturas de la vida campestre, hay un profundísimo sentido, que el Santo desentraña y explica con elocuencia inimitable en los tres divinos comentarios, que llevan por título: *Noche oscura del alma*, *Declaración del cántico espiritual* y *Llama de amor viva*.

Á fin de entenderlo bien es menester haberlo sentido y experimentado, porque es psicología experimental, si bien tan alta, que se eleva y trasciende á la metafísica ó ciencia primera más sublime y tenebrosa, porque ciega y crea tinieblas la opulencia de su luz, cuyas verdades, aunque logre el alma percibirlas, no hay lengua humana, por elocuente que sea, que atine á expresarlas con la debida claridad.

Toda la ciencia y todo el arte de la mística se resumen

y contienen, como dice el doctor seráfico San Buenaventura, en estos tres puntos: ¿Quién soy yo? ¿Quién es Dios? ¿Cómo Dios y yo seremos una misma cosa? Implica lo primero el conocimiento de sí mismo. Lo segundo, un estudio teológico del Sér Supremo, á quien no conocemos bien por la razón y debemos verle en la oscuridad de la fé. Y lo tercero se logra sólo después de la contemplación sobreesencial, alzándose el alma, abstraida de toda imagen y de toda idea que no sea Dios mismo, por cima de su propia esencia creada, y subiendo hasta el sér increado del alma, que es su centro. *El centro del alma Dios es,* dice el Santo. Sólo la mente introversa, la inteligencia desnuda y reconcentrada en lo más hondo, en el abismo, en las entrañas del espíritu, puede llegar hasta Dios y sentir allí como su respiración. Siente el alma la respiración de Dios, y por eso dice la canción *en tu aspirar sabroso:* punto en el cual el Santo abandona ya el comento, exclamando con el bello candor de su estilo: *Veo claro que no lo tengo de saber decir y parecería menos si lo dijese.*

Antes de subir á esta contemplación extática, hay, según hemos indicado varias veces, una prolija y penosa peregrinación que hacer, cuyo itinerario y trámites traza el Santo en su precioso libro, titulado *Subida del Monte Carmelo;* lo cual es llegar á un término en que la voluntad esté entera con Dios, y prescinda hasta de la devoción sensible, y se halle en recogimiento interior y en desnudez espiritual completa. Se da entonces una abismal nesciencia, que llama el poeta *noche oscura.* En ella quedan vacías del todo

Las profundas cavernas del sentido;

esto es, del sentido íntimo del espíritu, lo cual significa que en el entendimiento no queda ciencia, sino fe; ni en la memoria, recuerdo, sino esperanza; ni en la voluntad, afecto alguno humano, sino caridad pura. De aquí un vacío inmenso, unas cavernas profundas, que *no se llenan menos que con lo infinito*. De este modo, en esta *noche oscura*,

Estando ya la casa sosegada,

ó sea domada la sensualidad y las pasiones y apetitos mortificados, sale el alma en busca de su amor; esto es, se alza por cima de su propia esencia para buscar la fuente de que procede. De esta fuente ha hecho el poeta una canción especial, que comienza:

¡Qué bien sé yo la fuente que mana y corre,
Aunque es de noche!

Esta fuente es la esencia divina, de donde emana el Verbo increado por generación eterna; Verbo en quien resplandece y se manifiesta cuanto hay oculto en el Padre, y en quien el Padre se complace eternamente, y donde están, como arquetipos perfectos, y eternamente también, y por arte ideal, los seres todos y el alma.

Bien se ve que cada frase de las canciones de San Juan de la Cruz encierra misterios difíciles de explicar, y que él expliea en sus elocuentes comentarios.

El alma está en Dios, y Dios está en el centro del alma, porque *el centro del alma Dios es*. Ahora bien; ¿cómo no es fácil llegar á Dios, cuando le tenemos en el centro del al-

ma? ¿Cómo no encontrarle allí si le buscamos? Porque hay impedimentos que el alma ha ido allanando ya, si bien aún queda algo que se interpone entre Dios y el alma. Por esto dice la canción:

Rompe la tela de este dulce encuentro;

y la llama *tela*, porque está ya muy espiritualizada, ilustrada y adelgazada, y la divinidad se trasluce por élla cuando á tanta altura sube el alma. El alma, no obstante, aunque la trasluzca, la ve y la comprende de un modo confuso, por donde aspira, al menos, á verla y comprenderla por fe, y de aquí lo que dice la canción, figurando la fe bajo la apariencia de otra fuente distinta:

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

Rota, por último, la tela, y llegada la unión, apenas hay palabra que baste á expresar sus inefables misterios. Porque el alma «es Dios por participación, y, aunque no tan perfectamente como en la otra vida, es, como dijimos, como en sombra Dios. Y á este talle, siendo élla por medio de esta transformación sombra de Dios, hace élla en Dios por Dios lo que él hace en élla por sí mismo; porque la voluntad de los dos es una.»

Apenas va aquí un átomo de la sabiduría mística que

las *Canciones* de San Juan de la Cruz y sus *Comentarios* enseñan. Juzgar las doctrinas de este Santo, el más sublime, original y sutil de nuestros místicos, no cabe en breve discurso, sino requiere extenso libro; no es materia para tratada de repente, sino despues de larga meditación y prolijo estudio. Algo, no obstante, teníamos que decir del místico, al considerarle como poeta. ¿Habíamos de parar mientes sólo en la forma? ¿Quién mira la fábrica exterior de cofrecillo primoroso de oro y esmalte, y guarnecido de cándidas y relucientes perlas, sin que procure, al menos, internar por un instante la mirada en los arcanos é inestimables tesoros que custodia? ¿Quién tiene el pomo en la mano y no aspira el aroma embriagador que guarda, y que el fuego del amor divino ha destilado de lozanas flores del cielo?

El asunto de la mística es tan delgado asunto, que es casi inefable, explicado en sentido recto. Así los prosistas que de la mística tratan usan términos y frases de la escuela, y acuden, además, á símiles y figuras. Los poetas, á quienes la terminología, cuando la emplean, les hace caer en el prosaismo, se valen de lo alegórico, y para éllo toman con predilección, por modelo, *El Cantar de los Cantares*. Este libro tiene tres significaciones: una directa, de amores entre el rey Salomón y la Sulamita; otra profética y religiosa, que es el lazo entre Cristo y su Iglesia; y otra mística y hondamente psicológica, que es la unión de Dios y del alma. Como *El Cantar de los Cantares* es bellísimo, de cualquier modo que se le considere, ha sido parafraseado ó imitado no pocas veces en nuestro idioma; pero no siempre dándole todo su valer, sino concretándose á lo

profético y religioso, ó no traspasando en ocasiones los límites de lo literal, como ha hecho Ventura de la Vega, en su por otra parte preciosa imitación, que es joya de nítida elegancia.

Las imitaciones de San Juan de la Cruz encierran también, si no miramos más que á la letra, la gala y la vehemencia de una égloga amatoria; pero, en el conjunto, y á través de cada frase, se percibe el fondo lleno de prodigios, cuya contemplación hace olvidar todo afecto terreno, todo deleite caduco y toda pasión de esta existencia mortal. No parece sino que piñas de flores, ventalles de cedro, escudos de oro, alcázares y pompas orientales, ínsulas extrañas, ríos sonorosos, valles floridos, lechos de púrpura y cuantas magnificencias posee el rey Salomón, sólo sirven para velar el centro del alma donde en realidad pasan las escenas que el Santo describe. Allí no puede llegar ni agitación del mundo, ni rumor ni movimiento de séres corporales, ni sugestión del demonio, ni voz de ángeles, los cuales no atinan ya á dar ni á explicar al alma lo que desea:

Que no saben decirme lo que quiero.

Allí oscuro silencio y sosiego maravilloso. Aquel punto, si punto puede llamarse lo que está fuera del espacio y del tiempo, es, según Ruysbrochio y Suso, citados por el iluminado y extático Fr. Miguel de la Fuente, más alto que el último cielo, más profundo que el mar, más ancho que el universo todo, y no hay criatura de las espirituales y celestiales que pueda llenar su capacidad, según es in-

mensa, sino sólo Dios, que es la esencia de su esencia y la vida de su vida. Lo cual viene confirmado por Blosio al añadir que este centro del alma va á parar á cierto abismo, que se llama cielo del espíritu, donde está el reino de Dios, que es el mismo Dios con todas sus riquezas, dones y gracias. De suerte que este centro desnudo está levantado sobre las potencias racionales, y en eternidad inmóvil, y unido con su principio, que es Dios, por vínculo de unión perpetuo.

En conceptos tan atrevidos tocan ya nuestros místicos ortodoxos al borde de la sima del panteismo; pero, por dicha, allí se detienen sin caer. Los salva, á más de su humilde sumision á la Iglesia, el vivo sentimiento del sér individual; el psicologismo empírico, que no consiente que el *yo* ni por un instante se diluya en lo infinito como gota de agua en el Océano; y el amor á la accion, con la que tienen siempre despierta la conciencia de la personalidad humana. Bastan estas condiciones para dar al misticismo español carácter propio. Por lo demás, como el Sr. Menéndez, en su *Historia de los heterodoxos*, lo prueba, contra lo que afirma Rousselot, la influencia de los grandes místicos alemanes fué importantísima en la mística española.

El Maestro Eckart, jefe de la secta, no influyó por cierto directamente. Sólo en corto número sus sermones están impresos, desde principios del siglo XVI. Sus demás obras, si se conservan, aún deben de estar inéditas; pero sus discípulos Tauler, Suso y otros, que florecieron en el siglo XIV, fueron muy conocidos en España por traducciones latinas, y algunos por traducciones castellanas, tal vez desde el siglo XV. Los místicos de los Estados de

Flandes, Ruysbroeck y Blosio, que son con evidencia de la misma escuela, están igualmente traducidos en español, y citados siempre por nuestros autores con los elogios más extraordinarios. Las obras de Blosio, sobre todo, fueron la lectura devota favorita de tres Reyes españoles sucesivos: del Emperador Carlos V, de Felipe II y de Felipe III. No es, pues, de extrañar que los místicos alemanes fuesen imitados por los nuestros. Se parecen hasta en el propósito de escribir cosas tan altas y difíciles en la lengua vulgar, y no en la lengua latina, con lo cual pulieron y perfeccionaron sus respectivos idiomas, haciéndolos flexibles y aptos para expresar los más hondos y sutiles pensamientos, si bien en ocasiones con oscuridad y frase enrevesada, de lo que se burlarían los profanos de aquella edad, en nuestro país, aunque no tanto, ni con tanto motivo y frecuencia, como ahora se burlan de los traductores ó imitadores de Krause. Tambien los místicos alemanes se parecen á los nuestros en ser poetas. Tauler componía canciones, como San Juan de la Cruz.

Éste fué y es el misticismo puro, que puede ponerse fuera ó independiente de toda religion positiva, con tal de que acepte un Dios personal, pero no al modo que le entienden algunos fríos y superficiales deistas, creando el mundo, dándole leyes y apartándose de él, sino presente en todo, y vivificándolo y compenetrándolo siempre. Si Dios está en todas las cosas creadas, de donde la teosofía, que le busca en éllas, Dios está en el alma humana, hecha á su imagen, por manera eminente, por lo que dice el evangelista San Lucas que el reino de Dios está dentro de nosotros mismos, y de aquí la mística.

La mística, no obstante, si bien, según hemos expuesto al hablar de San Juan de la Cruz, busca á Dios en el centro del alma, esto es, en el hombre espiritual é íntimo, todavía entiende que el hombre racional y hasta el hombre corporal pueden tener visiones, revelaciones y enlaces con los seres sobrenaturales, lo cual en cierto modo es parte de la mística, aunque viene á fundirse con lo ascético y lo devoto, por donde apenas hemos dicho nada de éllo. Ésto ha sido, si no más rica, más abundante fuente de inspiración poética, en todas las literaturas cristianas, no concretándose sólo á lo lírico, sino extendiéndose por lo dramático y por lo épico ó narrativo. En nuestra poesía, empieza semejante misticismo casi al empezar la poesía. La imitación del *Cantar de los Cantares* tiene otro sentido en élla: no es ya la unión del alma, en su centro desnudo, con la pura divinidad, sino su unión con el Verbo humanado, la aparición á los ojos del cuerpo, y los favores y regalos de la humanidad de Cristo á las almas devotas y penitentes que le imitan y aman en esta vida mortal. De aquí los desposorios místicos de algunas Santas con Jesús, ya por medio de anillo, ya por flecha de amor, ya por signos ó estigmas. En este linaje de misticismo, que ha durado hasta nuestros días, están inspirados los versos de varias monjas devotas y de noble talento, como Sor María del Cielo y Sor Gregoria de Santa Teresa. Nada en estos versos que pueda llevar al panteismo. La individualidad humana de Cristo determina al Dios que estas santas mujeres adoran, al amante celestial á quien sus suspiros se dirigen:

Jesús amoroso,

Amante divino,
Objeto del alma;
No desprecies, Señor, mis suspiros.
Pastor soberano,
Mi dueño, rey mío,
Esposo suave;
No desprecies, Señor, mis suspiros.
Vuélveme tu rostro
Lleno de cariño,
Que vivo muriendo;
No desprecies, Señor, mis suspiros.

Y este misticismo es tan propio de las almas soñadoras de las mujeres y de sus tiernos corazones, que, á pesar de la incredulidad de nuestro siglo, se ha perpetuado y ha dado muestras de sí en las mejores poetisas contemporaneas: en *El amor de los amores* de Carolina Coronado, y en bastantes composiciones de los últimos años de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Análogo al afecto devoto de las mujeres por Cristo es el de no pocos monjes, sacerdotes penitentes y hasta seglares piadosos, por la Virgen María, la cual ha sido manantial fecundo de inspiración cristiana en todas las lenguas y naciones de Europa. La poesía lírica y épica en loor de la Virgen, en España sólo, es tan rica y notable, que el hablar de élla crítica é históricamente pudiera dar asunto á un libro interesante y voluminoso. Los dos idiomas literarios y nacionales de nuestra Península, el castellano y el portugués, se puede decir que nacen á la poesía, celebrando los milagros de la Virgen, sus apariciones y los fa-

vores que hace á sus devotos, en Gonzalo de Berceo y en el Rey Sabio, que se llamaba su trovador.

Volviendo ahora nosotros al misticismo del hombre íntimo, diremos que casi la única bella muestra poética que de él puede darse en España, en el siglo pasado, está en los versos que el Sr. Menéndez cita de D. Gabriel Álvarez de Toledo, uno de los fundadores de esta Academia.

Varias causas externas concurrieron á acabar por entonces con el misticismo íntimo, á más de la corrupción y extravíos en que había llegado á caer. Fué la primera causa, en el órden cronológico, el sensualismo divulgado y puesto en moda por Condillac. Cuando se negaba hasta el *yo*, ¿cómo había de buscarse lo absoluto puesto en el *yo*? Fervorosos católicos se hicieron sensualistas, y de aquí el tradicionalismo, del todo contrario al misticismo íntimo. ¿Cómo para Bonald ó para Donoso Cortés, que niegan que haya en el alma verdad alguna que no venga de revelación material y penetre allí por los sentidos, ha de estar en el alma Dios mismo, origen de todas las verdades?

Otra causa destructora del misticismo íntimo, aun dentro del corazón de los más sinceros creyentes, es el carácter social y político que ha tomado, en el siglo presente, la cuestion religiosa. El pensador cristiano de nuestros días no medita tanto en la verdad metafísica, ni en la relación ó unificación del alma con su principio, como en la vida total del humano linaje; en sus destinos y en su fin colectivo. La teología se aplica, más que á la metafísica pura, á las ciencias políticas y sociales; más que á la psicología, á la historia; y busca á Dios, más que en el apartamiento solitario de la mente, en el tumulto y marcha or-

denada de la humanidad á través de las edades. De aquí que los escritores religiosos de ahora, ya son liberales, ya no son liberales, pero todos son políticos; la política y las ciencias, que con élla están en relación, los preocupan sobre todo. Así Bonald, De Maistre, Buchez, Bordas Demoulín, Graty, el P. Ventura, Balmes y el marqués de Valdegamas.

La poesía religiosa toma también este carácter social y político, y produce obras bellas, como, por ejemplo, los coros é himnos de Manzoni y *La campana* de Schiller. La musa religiosa española se ha hecho política de la misma suerte, y bien se pudieran dar aquí estimables muestras de sus creaciones.

Entre tanto, el misticismo íntimo hubo de refugiarse en Alemania, donde desde la Edad Media con tanto fruto se había cultivado. Allí aparece de nuevo, en medio del sensualismo del siglo XVIII, en un maravilloso poeta, en Novalis; y, sin duda, apartándose de las vías cristianas, influye, no poco, en la creación de una filosofía panteista, pero profunda, la cual, partiendo de la desapiadada y severa crítica de Kant, identifica el ser y el conocer, el objeto y el sujeto, y Dios y el alma.

Algo de este misticismo heterodoxo ha penetrado en España con las doctrinas de Schelling, Hegel y Krause, y fácil nos sería hacer patentes sus huellas en nuestros poetas contemporaneos, si no temiésemos, ó bien ofender su modestia, ó bien enojarlos, porque creyesen que los acusamos de heterodoxia, cuando tal vez alguno de éllos esté presente.

Por otra parte, estos apuntes, que no me atrevo á cali-

ficar de discurso, y que apenas pueden tocar de ligera tan vasto y difícil asunto, son ya harto extensos, y deben terminar, y terminan aquí, á fin de que la fatigada atención del benévolo auditorio vuelva con placer á deleitarse en el recuerdo de la brillantísima disertación de nuestro nuevo compañero.